



Título : Brasil en el tiempo colonial, 1500-1822

Autor/es : Sánchez Gómez, Julio

Resumen : El autor hace un recorrido por la historia de Brasil entre los años 1500 y 1822

Palabras Clave : Brasil, Historia, Época colonial

Palabras Clave en inglés : Brasil, History, Colonial time

Cita Bibliográfica : Sánchez Gómez, Julio. (2006). Brasil en el tiempo colonial, 1500-1822. En, J. B. Amores Carredano (Coord.). "Historia de América". Barcelona: Ariel.

BRASIL EN EL TIEMPO COLONIAL, 1500-1822

-Brasil en los tiempos de la llegada de los portugueses.

Hoy es un dato admitido que el territorio brasileño conocía pobladores hace más o menos cuarenta mil años. En el sitio de São Raimundo Nonato, en el actual estado de Piauí, se encontraron vestigios de presencia humana en forma de restos de hogueras, esqueletos de animales, pinturas rupestres y utensilios de hombres y mujeres de 39 mil años atrás.

A la llegada de los portugueses, los grupos principales que poblaban Brasil, agrupados con criterios lingüísticos eran el mayoritario tupí-guaraní y los gê, conocidos por los portugueses como *tapuia*, es decir, “los que no hablan tupí”, un conjunto de grupos muy heterogéneos. En la costa más septentrional se prolongaban desde la venezolana y las Guayanas arawak –separados de los tupís por el curso del Amazonas- y caribes. Existían además otros muchos grupos de menor entidad demográfica ajenos a los grupos lingüísticos anteriores.

El grupo de mayor peso, tanto por el espacio que ocupaba como por su volumen demográfico era el tupí-guaraní, que fue además el que mayor contacto mantuvo con los europeos desde los tiempos primeros de la colonización. Hoy se cree que procedían del oeste del continente, de zonas andinas, de las que emigraron siguiendo la cuenca del Paraná –un éxodo que aparece en su mitología como la búsqueda de “la tierra sin mal”- hasta llegar a la costa sur del actual Brasil. Desde allí prosiguieron su marcha hasta llegar a la desembocadura del Amazonas, dónde poblaciones tupís fueron halladas por los portugueses. Los tupís formaban al arribo de los europeos diversos grupos que



recibieron diferentes nombres: tupiniquin, tupinambas, tupiná, etc. hasta llegar a los guaraníes del extremo sur, cuyas relaciones con los nuevos llegados fueron muy diferentes oscilando desde la alianza a la más irreductible hostilidad.

Los gê o tapuias, probablemente los pobladores del espacio brasileño antes de la irrupción de los tupí-guaraníes vivían en el interior del territorio, en la meseta central, desde el Amazonas hasta el Mato Grosso, a dónde probablemente fueron confinados por aquellos. Pero grupos de tupinambas se mantuvieron en la costa con lo que ésta en muchos de sus tramos ofrecía una alternancia de sociedades de uno y otro grupo.

En la mayor parte del territorio del actual Brasil, el medio geográfico no favorecía los asentamientos permanentes y mucho menos una agricultura desarrollada que hiciera factible el desarrollo de sociedades demográficamente potentes. La ocupación de los grupos asentados allí era un conjunto de actividades de caza, pesca y recolección, unidas a la alternancia en el territorio de cultivos de roza, lo que los obligaba a una constante movilidad por el territorio y a constantes luchas entre ellos por su control. En las peores tierras, en el interior, el cultivo no eran posible y los pobladores se limitaban a la caza y las actividades recolectoras.

Fueron los tupí los que llegaron a agruparse en colectivos más numerosos, que formaban aldeas móviles de hasta cerca de mil componentes que construían para su vivienda grandes construcciones denominadas *malocas* que cobijaban a grupos familiares muy extensos. Desde ellas practicaban una agricultura de roza –en manos de las mujeres, salvo la propia roza que practicaban los hombres- y actividades de caza y pesca que eran propias de los hombres.

La densidad demográfica era muy variable en tan amplio territorio. Mucho mayor en el litoral, dónde las condiciones de vida eran más favorables –podían combinarse agricultura de roza con caza, pesca y recolección de moluscos- y en los valles de los ríos más importantes, dónde las condiciones eran semejantes, que en la meseta central o en los “sertões”, tierras secas del noroeste interior.

La llegada y asentamiento de los europeos produjo, sobre todo a partir de los años centrales del siglo XVI un gran movimiento sísmico entre estas poblaciones. Su presencia supuso el desplazamiento de poblaciones enteras que a su vez desplazaron a otras, evidentemente no de forma pacífica. Luchas entre los grupos originarios, muchas veces como aliados de los europeos, agresión y esclavización por parte de éstos y las graves consecuencias de las epidemias introducidas por los nuevos llegados produjeron cambios de emplazamiento y, mucho peor, un rápido y dramático descenso demográfico muy semejante al que por esos mismos tiempos se estaba produciendo en los dominios españoles.



-La llegada de los portugueses a Brasil y los inicios de la colonización, 1500-1580.

El arribo por primera vez de una flota portuguesa a las costas de Brasil está relacionado con dos hechos: el reparto que se produce en el Tratado de Tordesillas, que dividió al mundo en dos grandes espacios asignados a Castilla y Portugal y la presencia de los lusitanos en el Atlántico, consecuencia de la apertura reciente -1498- de la ruta del Cabo hacia la India. La llegada de Vasco de Gama al subcontinente indio había inaugurado la que fue la ruta más lucrativa del comercio portugués en los primeros tiempos de la expansión. Urgía enviar nuevas expediciones que aprovecharan la apertura y para ello se encomendó un nuevo viaje a Pedro Álvares Cabral, a quien probablemente se dieron instrucciones para que, a la altura de Cabo Verde, tomara un rumbo más al oeste del habitualmente seguido en el camino del Cabo, a fin de explorar la existencia en esa dirección de tierras situadas al este del meridiano divisorio.

El 22 de abril de 1500, la flota de Cabral avistaba y al día siguiente tomaba posesión de un punto en el actual estado de Bahía al que, por considerarlo así, denominaron Porto Seguro. Cabral continuó hacia la India, pero envió un barco a Lisboa para dar cuenta del hallazgo de lo que ellos creyeron que era una isla, la Ilha da Vera Cruz, a la que muchos identificaron con la isla denominada *Brasil*, que aparecía en muchos mapas de la época.

Aunque no existan pruebas indubitables, hay fuertes indicios de que los portugueses habían pisado tierra brasileña antes de la fecha oficialmente establecida, la de la llegada de Cabral. Pudieron haber llegado dos años antes, en 1498, en una expedición en la que figuraba como participante Duarte Pacheco Pereira, quien también navegaba en la de Álvares Cabral. Igualmente se sospecha hoy que expediciones secretas portuguesas habían efectuado viajes de reconocimiento por el Atlántico sur antes incluso del primer viaje colombino.

En 1501, una nueva expedición partía de Lisboa, en este caso expresamente dirigida a las nuevas tierras, al mando de Gonçalo Coelho y en la que figuraba un marino italiano que luego sería famoso: Américo Vespuccio. Esta y otras expediciones enviadas entre 1501 y 1503 recorrieron, reconocieron y cartografiaron prácticamente todo el litoral del actual Brasil, desde Natal hasta el norte del actual estado de Paraná, de forma que ya en la primera década del siglo, Portugal conocía toda la inmensa línea costera que se extiende desde el Amazonas hasta el Río de la Plata, al que llegaron antes que los españoles. El objetivo de estas expediciones, además del reconocimiento de la nueva posesión, era, como en el caso de los españoles, el hallazgo de un paso occidental hacia la India. Pronto sin embargo, tomaron conciencia de que la isla de la Vera Cruz o de Brasil era parte del mismo continente que en ese momento exploraban sus vecinos



castellanos. Pero, junto con el reconocimiento geográfico, los expedicionarios tomaron buena nota también de las riquezas que el territorio ofrecía a su posible explotación, fundamentalmente dos: palo brasil -Caesalpinia Echinata- , una madera tintórea muy demandada por los talleres textiles de Inglaterra y los Países Bajos con la que se conseguía un espléndido color rojo y esclavos, de cuya potencial abundancia tomaban nota al comprobar la densidad poblacional de aquellas costas.

Amparada frente a cualquier intrusión española por el tratado de Tordesillas y absorbida por sus esfuerzos en la expansión por oriente, mucho más lucrativos, Portugal no demostró un interés inmediato por colonizar los nuevos territorios. La corona lusa cedió en arrendamiento por tres años la explotación del nuevo territorio a un consorcio de comerciantes de Lisboa a cuyo frente se encontraba Fernando de Noronha, traficante de esclavos en las costas africanas. El arrendamiento les autorizaba a extraer palo brasil y esclavos indios para llevarlos a Lisboa. Pero el fruto que dio la cesión fue tan escaso que la Corona decidió no renovarlo a su finalización. Aquella decidió en 1505 asumir para sí el aprovechamiento de la riqueza de la nueva colonia y hacerlo a través del sistema que mejor conocía, el ya experimentado con buenos resultados en la expansión por las costas africanas, la instalación de factorías -feitorías- comerciales en puntos costeros en los que procedía a intercambiar palo de brasil con los nativos - los historiadores económicos han calculado que con el palo brasil se conseguían en Europa beneficios del 300%- o a capturar a éstos y embarcarlos como esclavos para su venta.

En cualquier caso, nada semejante a la atención que la metrópoli prestaba a la línea africano-asiática de expansión. Fue el interés que comenzaron a manifestar otros europeos, que iniciaron la exploración del litoral, lo que obligó a Portugal a volver los ojos hacia su territorio americano. Fue la presencia cada vez más frecuente de navegantes de naciones europeas excluidas del acuerdo de Tordesillas, franceses e ingleses fundamentalmente, que representaban un peligro, tanto para la propia colonia de Brasil como para la navegación hacia oriente -los franceses, además de navegar continuamente la costa, llegaron incluso a instalar puestos estables en Guanabara y Maranhao, desde los que traficaban con palo brasil y practicaron la piratería contra los establecimientos portugueses-, la que obligó a Portugal a comenzar una ocupación más efectiva de la costa brasileña. Para ello, la Corona envió una expedición al mando de Martim Afonso de Sousa al que acompañaban alrededor de quinientos colonos que se instalaron en la costa del actual estado de São Paulo.

Pero Portugal no tenía recursos suficientes para colonizar en dos frentes, por lo que decidió transferir a su América el mismo sistema adoptado en sus islas atlánticas europeas y en Cabo Verde y que le había dado muy buenos resultados; la corona portuguesa instituye a partir de 1534 el régimen de capitánías donatarias hereditarias -



porque se transmitían por herencia- para promover a costa del esfuerzo de particulares la colonización de Brasil. El sistema consistía en la entrega a capitanes donatarios -gentes de la baja nobleza, comerciantes y funcionarios metropolitanos- de franjas rectangulares de terreno -quince en total- que abarcaban desde el Amazonas hasta la Sao Vicente, en la actual costa de São Paulo, cortadas por líneas rectilíneas siguiendo los paralelos y que desde la costa se internaban hasta llegar al límite teórico del meridiano de Tordesillas.

Los donatarios estaban obligados a poblar y defender sus capitánías a costa de sus recursos y a cambio de ello tenían la capacidad de fundar villas y ciudades y concederles fueros municipales, distribuir tierras -sesmarias- a sus colonos, cobrar impuestos excepto a los productos que eran monopolio de la corona o autorizar la construcción de ingenios de azúcar y recibir el diezmo de la producción azucarera. La corona se reservaba únicamente la soberanía y el cobro de algunos impuestos reales.

Pero los donatarios tuvieron muy escaso éxito. Muchos de ellos no disponían de suficientes recursos, otros perdieron los que tenían y aun otros ni siquiera llegaron a tomar posesión de sus tierras. De doce donatarios iniciales, cuatro jamás pisaron Brasil y de los ocho que cruzaron el Atlántico, tres murieron en circunstancias dramáticas, otro -Pero de Campos Tourinho- fue acusado de herejía, preso y enviado a los tribunales de la Inquisición en la metrópoli, tres no se ocuparon de sus concesiones y sólo uno, Duarte Coelho, el primer navegante europeo en llegar a Tahilandia, realizó una brillante administración en su capitánía de Pernambuco a lo largo de una década.

Además, los colonos debieron enfrentarse a la hostilidad de los nativos, que no les daban tregua. De hecho, sólo tuvieron éxito dos capitánías, las de São Vicente en el extremo sur y Pernambuco, en el nordeste, otras tuvieron una vida lágarda o efímera, incluso varias no llegaron siquiera a ponerse en marcha y fueron poco a poco revirtiendo a la corona, en un largo proceso que se prolongó hasta el siglo XVIII.

Ante el fracaso del sistema de capitánías, el Rey decidió intervenir de una forma más directa en la colonización del territorio¹ y envió en 1549 un *governador geral*, Tomé de Souza, con la misión de fundar una nueva capitánía administrada directamente por la corona y situada en el actual estado de Bahía. Al flamante gobernador acompañaban seis padres jesuítas, encargados de catequizar a los naturales y de corregir las costumbres de los colonos, que abrían así una larga etapa de actuación en la colonia portuguesa. El mismo año de su llegada, el gobernador fundó la primera ciudad de

¹ La situación parecía requerirlo de forma imperiosa, el 12 de mayo de 1548, el colono Luiz de Góis, escribía al rey João III una carta desesperada: “(...) se com tempo e brevidade Vossa Alteza não socorre a estas capitánias e costa do Brasil, ainda que nós percamos as vidas e fazendas, Vossa Alteza perderá a terra (...) porque não está em mais de serem os franceses senhores dela”.



Brasil, Salvador, en la Bahía de Todos os Santos, dónde levantó iglesia, palacio de gobierno, cámara municipal -ayuntamiento-, aduana y *pelourinho*. Por fin, en 1551, el papa separó la nueva población brasileña del obispado de Funchal, en Madeira, con lo que la iglesia de San Salvador se convirtió en catedral. Salvador se convertía en ciudad y sería desde entonces la primera capital de la colonia.

Desde la nueva capital, los representantes portugueses se vieron obligados a hacer frente a problemas graves que amenazaban la continuidad de la colonia. Para comenzar, la intrusión de los franceses en la costa. La presencia de franceses -también ingleses- que practicaban el comercio -sobre todo de pau brasil- y la piratería en el litoral brasileño, en abierta violación del tratado de Tordesillas, que el rey de Francia no reconocía, se producía desde fechas tan tempranas como la misma instalación de los portugueses -expedición de Binot Paulmier de Gonneville en 1504-. Pero a mediados de siglo ya no se trató de actos de intrusión aislados, sino de la tentativa de fundar una colonia francesa asentada en la costa de Brasil -para los franceses de la época, el Brasil tenía resonancias míticas, era el *pays de cocagne*, un país de utopía-; en 1555, una escuadra francesa al mando de Nicolas Durand de Villegaignon, vicealmirante de Bretaña, llegó a la bahía de Guanabara -frente a Río-, construyó un fuerte en una isla y fundó en ella un núcleo de población ya estable al que denominó *Francia Antártica*. En su flamante asentamiento, los franceses demostraron la capacidad para entablar relaciones de alianza con los indígenas que luego practicarían en sus asentamientos norteamericanos; concluyeron una alianza con los tamoios, habitantes del litoral -y enemigos de los tupiniquins, aliados de los portugueses-, lo que les permitió llamar a más colonos e incrementar la población francesa en la colonia. Pronto surgieron desavenencias entre Villegaignon y los colonos. El almirante Villegaignon, protestante, se había asociado para su empresa con un almirante de su misma creencia, Gaspar de Coligny y una parte de su programa consistía en la creación de una colonia de asilo para los hugonotes franceses que desearan gozar de libertad de conciencia. Para ello, el propio Calvino envió un grupo de colonos acompañados de ministros de la Iglesia. Pero Villegaignon abjuró de la religión reformada y, con el apoyo de los colonos católicos se enfrentó a la mayor parte de sus administrados. Uno de los participantes de la expedición, Jean de Lery, hizo un relato de la experiencia en su libro *Voyage a la terre du Bresil*. La ocasión la aprovechó el gobernador portugués, Mem de Sá, para atacar y destruir el fuerte en 1560. Algunos colonos lograron escapar y refugiarse en el continente, dónde aprovecharon su amistad con los indios para reconstruir la colonia. Pero los célebres padres jesuitas Nóbrega y Anchieta catequizaron a los tamoios y los volvieron contra los franceses, que se quedaron aislados. En 1565, Estácio de Sa fundaba en la misma bahía de Guanabara un establecimiento en lo que en el futuro sería Río de Janeiro y en 1567, una fuerza de portugueses e indígenas tupiniquins y temiminós expulsó definitivamente a los franceses del sur de Brasil. No sería ésta la última intentona gala de fundar una colonia estable en territorio brasileño; en 1612, en



el tiempo de la unión ibérica, una expedición al mando del general Daniel de la Touche llegó a Maranhão, construyó un fuerte -San Luis- y, siguiendo el mismo esquema de sesenta años atrás, se aliaron inmediatamente con los pobladores tupinambás. Pero la experiencia del asentamiento al que denominaron *Francia Equinoccial* fue muy breve; en 1615 los franceses fueron expulsados por una fuerza portuguesa que abrió el camino a la ocupación de la Amazonía, mientras que los franceses dirigirían sus ojos al territorio al norte del Amazonas, dónde más tarde fundarían su territorio de Guayana.

El segundo grave problema al que debieron enfrentarse gobierno y colonos fue la fuerte oposición armada de una parte de los naturales. La instalación del gobierno de Bahía aceleró la instalación de colonos peninsulares, lo que alteró profundamente la relación entre indios y europeos, que hasta entonces había sido de una cierta coexistencia mientras la economía se fundamentó en la extracción de palo brasil, que los indios talaban e intercambiaban con los europeos por baratijas, abalorios y cuchillos. Pero la llegada de los colonos aceleró el giro hacia una economía azucarera y la ocupación de tierras para el cultivo de la caña y las consiguientes rozas para destinar bosque a tierra de cultivo y obtener leña para la cocción del azúcar. Por un lado se producía la expulsión de los naturales de sus tierras y por otro se les exigía trabajar en cañaverales e ingenios, lo que chocaba rotundamente con su cultura tradicional.

Ante la rotunda negativa de los naturales, el recurso de los colonos fue cazar y esclavizar a los naturales, lo que generó una fuerte resistencia armada por parte de éstos. En la década de los 40 toda la costa, a la que se habían acercado grupos muy aguerridos del interior -gê, tapuya-, estaba en guerra abierta contra los portugueses. Para éstos, los indios habían pasado de ser “bons salvagens” a convertirse en “selvagens irremediáveis”, “sem fé, sem rei, sem lei”. La reacción de los portugueses fue la guerra total, lo que causó una gran mortandad y huida de naturales hacia el interior. El ataque de las epidemias -al igual que antes había sucedido en los territorios ocupados por España- completó el cuadro de desolación y rápida desaparición de la población indígena.

Ante la rápida desaparición de la población de naturales, la Corona se vio obligada a tomar medidas de protección, que procuraron al mismo tiempo no dejar absolutamente sin mano de obra a la naciente producción azucarera. En 1570 se prohibió la esclavitud de los indígenas, excepto cuando se trataba de prisioneros capturados en *guerra justa* contra tribus hostiles o caníbales. Excusado es decir hasta qué punto se provocaron guerras que permitieran la captura de esclavos.

Si bien en los primeros tiempos de la presencia portuguesa el aprovechamiento económico se centró en el palo de brasil, el incremento de la población europea hizo preciso buscar otro medio de fijar la población. Este fue la agroindustria azucarera, una



labor en la que los portugueses tenían ya una amplia experiencia, adquirida desde cien años atrás en las islas atlánticas. A mediados del siglo XVI, la demanda en Europa era superior a su producción y por tanto ésta podía convertirse en un buen negocio. El cultivo de la caña, que fue la principal base material de la colonización de Brasil hasta el siglo XVIII, comenzó ya a mediados del siglo XVI, si bien fue sólo en el último cuarto de éste cuando alcanzó la categoría de elemento central de la economía colonial². Pero la producción de azúcar planteaba algunos problemas: precisaba de grandes extensiones de tierra, ya que la caña la agota considerablemente, con las consecuencias de presión sobre los asentamientos de las poblaciones indias y requería de una mano de obra muy abundante, lo que, tras el descenso de la población indígena llevó a los colonos a volver los ojos a África para la provisión de energía humana. Los primeros esclavos africanos probablemente llegaron con la expedición de Martim Afonso de Sousa en 1532 y desde entonces, el tráfico esclavista hacia Brasil no hizo sino aumentar, convirtiéndose en uno de los rubros más lucrativos del comercio colonial.

A partir de la instalación del gobernador general, el gobierno de la colonia se fue progresivamente institucionalizando. El poder de los capitanes donatarios fue siendo sustituido progresivamente -no sin reclamaciones mil por su parte- por instituciones trasplantadas de la metrópoli portuguesa. El poder supremo en la colonia era el del gobernador general, símbolo del interés de la Corona por centralizar el poder. Junto al gobernador, máximo representante del rey, ocupaban los máximos cargos administrativos un *ouvidor-geral*, que entendía en los asuntos de justicia, un *capitão-mor*, que se ocupaba de los militares y un *provedor-mor da Fazenda*, encargado de los asuntos financieros. En 1588 se estableció en Bahía un tribunal de apelaciones -*Relação*- equivalente a las Audiencias de la América española, que era también una institución existente en la metrópoli.

El otro organismo de gobierno trasladado a la colonia desde Portugal fueron los *Conselhos Municipais o Câmaras*, equivalentes a los Cabildos de la América española y que estaban formadas por vereadores, juízes ordinarios y un procurador, considerados “oficiais da Câmara”, auxiliados por un escribano, un tesorero y otros oficiales subordinados sin voto, como el juez de huérfanos -juiz dos orfãos-, los carceleros, los almocacenes o el alferez portabandera. Los oficiales eran elegidos cada tres años por los “homens bons” de la ciudad, normalmente la oligarquía urbana. Algunas de las

² Los historiadores económicos de los años 60 y 70 han hablado para la historia del Brasil colonial de tres ciclos: el del palo brasil, que abarcaría hasta la penúltima década del siglo XVI, el del azúcar, desde las últimas décadas del quinientos hasta las primeras del setecientos y el del oro, que abarcó prácticamente el siglo XVIII, para continuar en el XIX con el del café. Posteriormente esta interpretación ha sido cuestionada, pues enmascara el hecho de la coexistencia de aprovechamientos que, en el caso del azúcar, por ejemplo, continuó siendo tan importante en el valor de la producción como el oro en el siglo XVIII.



competencias de la Cámara tenían mucho interés, precisamente para esa oligarquía urbana, fundamentalmente las que tenían que ver con la distribución de tierras municipales o comunales. Pero también fijaba y cobraba las tasas municipales, fijaba los precios de venta de una gran cantidad de productos, además de inspeccionar su calidad, se ocupaba de las obras públicas -puentes, caminos, etc.-, de la limpieza de la ciudad y de las cuestiones que atañían a la salud pública. Las decisiones tomadas por las Cámaras no podían ser ni revocadas ni ignoradas por los gobernadores, salvo si afectaban al tesoro real.

Salvo en el caso de Salvador, sede del gobierno general, las distancias y los obstáculos físicos concedían un amplio margen de autonomía a las cámaras. Progresivamente, en un proceso que culminó en el siglo XVII, los vereadores se convirtieron en una oligarquía que se enquistó en el poder. Las Cámaras coloniales fueron símbolo del prestigio y la influencia de las élites locales que, en virtud de la amplia autonomía de aquellas, en realidad se convertían en delegados de la Corona para el gobierno del territorio.

Junto a las instituciones civiles de gobierno y al igual que en la América española, la Iglesia fue el otro gran pilar de la empresa colonial portuguesa. La creación del obispado de Salvador en 1551³, dependiente directamente del arzobispado de Lisboa, inició la puesta en pie de una poderosa organización eclesiástica muy dependiente de la Corona y, por tanto, directo instrumento suyo. Al igual que en el caso vecino, también los reyes de Portugal disfrutaban del derecho de Patronato, por el que nombraban a los obispos, cobraban para sí los diezmos eclesiásticos y se obligaban a sostener económicamente a la Iglesia. El obispo y, consiguientemente, el personal eclesiástico, eran tan funcionarios reales como los funcionarios civiles y militares, hasta el punto de que en las ocasiones en que el gobernador general no podía ejercer sus funciones, estas eran asumidas por el obispo, lo que sucedió multiples veces. La creación del obispado por decisión real fue de hecho un acto más de la toma de posesión efectiva del territorio por parte de la Corona que se produce en torno a mitad de siglo. .

³ El primer obispo de Salvador fue Pero Fernandes Sardinha, que permaneció en su diócesis hasta 1556. Su fin fue muy desgraciado, ya que en un viaje a la corte para presentar quejas por la actuación del segundo gobernador geral, Duarte da Costa, su navío naufragó frente a la costa de Alagoas y fue a toparse con una de las numerosas tribus sublevadas -los kaeté- contra los colonos en esos años, que procedió a celebrar un banquete antropófago con el prelado y los 91 acompañantes que habían sobrevivido al naufragio. La tribu sería poco más tarde exterminada literalmente por el tercer gobernador, Mem de Sa, auténtico azote de los indios en el tiempo de su administración. De este gobernador el célebre escritor jesuita canario José de Anchieta escribiría “os gestos heroicos do Chefe/ á frente dos soldados na imensa mata/cento e sesenta as aldeias incendiadas/mil casas arruinadas pela chama devoradora/assolados os campos/passado tudo a fio de espada”, una sintética descripción versificada de la actuación habitual de las autoridades y los colonos portugueses frente a la población nativa.



Al lado del obispo y el clero secular, en Brasil tuvo una enorme importancia la Orden de los Jesuítas; a su cargo, mucho más que en la América española, estuvo el grueso de la evangelización en Brasil. Es preciso recordar que la Orden mantenía obediencia directa a Roma y no a la jerarquía episcopal -y a la Corona, consiguentemente-, lo que produjo ya desde el principio grandes fricciones con la autoridad real, que acabarían desembocando en la expulsión de mediados del siglo XVIII.

La primera misión jesuítica fue fundada por el padre Manuel da Nóbrega⁴ en Bahía en 1549 y a partir de 1550 comenzó la llegada de miembros de la Orden a Brasil, en principio muy apoyados por el poder real, dado el prestigio de que gozaban en ese momento en Europa. Fue un jesuita, el padre Anchieta, quien al fundar una misión en la meseta de Piratininga, puso los cimientos de lo que después sería la ciudad de São Paulo. La ciudad paulista fue la gran paradoja de la orden: fundada por jesuitas para acometer desde ella la evangelización y, en definitiva, la protección de los guaraníes, acabó convirtiéndose en el mayor centro esclavista de la colonia y el lugar del que partieron numerosas expediciones para la destrucción de los asentamientos misionales de la orden de San Ignacio.

Los jesuitas fueron los responsables de todas las instituciones de enseñanza que existieron en la colonia hasta el siglo XVIII y a través de ellas mantenían un estrecho contacto con la élite colonial. Pero también fueron los responsables del control de las ideas en la colonia; con el auxilio del Santo Oficio⁵ censuraban todas las obras que llegaban a Brasil y prohibían la circulación de las obras que consideraban que contenían ideas desviadas de la ortodoxia. Pombal, el responsable de su expulsión, los acusó de ser los responsables del oscurantismo y del atraso de Portugal respecto a los demás reinos de Europa.

Pero fue la acción misional con las poblaciones nativas lo que más destacó de la actuación jesuítica en la posesión portuguesa. Sus procedimientos de evangelización los enfrentaron con el clero secular, ya que éste era más partidario de centrar la acción de la Iglesia en los colonos y en los indios ya convertidos, mientras que los padres ponían el acento en la evangelización de los naturales y querían mantener a éstos al margen de los europeos para preservarlos de su violencia. Su forma de actuación misional consistía en la instalación de poblados indígenas -*aldeias*- dónde practicaban una fuerte labor de

⁴ Autor de una obra, fuente indispensable para el conocimiento de la actividad misional jesuítica, sobre todo de las ideas que la animaban, *Diálogo sobre a conversão do gentío*, publicada en 1558 y en la que Nóbrega diserta sobre las cualidades que él cree que poseen los indígenas en relación con su conversión.

⁵ A diferencia de la América española, nunca hubo en la portuguesa una inquisición autónoma. El Santo Oficio de Brasil dependía directamente de la Inquisición metropolitana de Portugal, un tribunal creado en 1536.



culturización de los nativos, a quienes enseñaban⁶ a cantar, a tocar diversos instrumentos, a tejer algodón y a cultivar la tierra, de la que extraían caña, algodón, cacao, tabaco, plantas medicinales y otros productos a los que daban salida en el mercado. También poseyeron las aldeas importantes rebaños vacunos y grandes tropas de caballos. Crearon así un tipo de sociedades campesinas autosuficientes y autogestionarias de una gran originalidad. Los jesuítas fueron también grandes propietarios de tierras, de ingenios azucareros -solo en Bahía llegaron a poseer cinco- y, lo que resulta más chocante, de esclavos, algo que no parecía repugnarles ni entrar en contradicción con su actitud protectora hacia el mundo indígena. Los jesuitas creían firmemente en la doctrina aristotélica de la servidumbre natural de los hombres “inferiores”. Al igual que sucedió entre los religiosos de las posesiones españolas, favorecieron la esclavitud africana como uno de los medios de proteger a los nativos.

El enorme poder económico que llegaron a acumular los padres por un lado y la protección que dispensaban a los indígenas en las aldeas por otro, les acarrearon la enemiga cerrada de una parte muy importante -e influyente- de los colonos. Estos los consideraban competidores económicos invencibles a causa de sus privilegios y los acusaban de monopolizar el comercio de algunos productos. Pero por otro lado, los jesuítas chocaron de forma brutal con los cazadores de esclavos en el sur; los “bandeirantes” paulistas consideraban las aldeas indígenas grandes reservas de mano de obra forzada y veían a los padres como el gran obstáculo para su captura. No siempre los religiosos tuvieron capacidad de defensa suficiente de sus protegidos y gran cantidad de éstos acabaron convertidos en esclavos por los bandeirantes.

El tiempo de la Unión Ibérica, 1580-1640.

En 1580 y como resultado de la crisis dinástica producida en Portugal, Felipe II de España pasó a ocupar el trono portugués y, en consecuencia, los imperios español y portugués pasaron a depender de una sola corona, sin que ello supusiera la creación de otras instituciones comunes. Ambos imperios tuvieron existencias completamente separadas -consecuencia de los acuerdos entre el rey Felipe y las cortes portuguesas firmados en 1581- durante todo el tiempo de la Unión.

A la altura del momento de la unión, Brasil era una colonia asentada, tanto desde el punto de vista económico como institucional. El azúcar era ya decididamente el producto central de la economía exportadora y Pernambuco la región más próspera, precisamente con base en la producción azucarera, cada vez más basada en la mano de obra esclava de origen africano. Los colonos que poseían tierras para cultivar e

⁶ En las reducciones no se enseñaba a los indios el portugués para evitar que mantuvieran contacto con los colonos, uno de los objetivos más destacados de los misioneros.



instalaciones para transformar la caña -los *engenhos*-, denominados *senhores de engenho*, constituyan ya una opulenta élite colonial, que además adquirían un creciente poder político a través del control de las Cámaras Municipales. Pero a esa altura, todavía Brasil era una colonia que se mantenía a gran distancia por su rendimiento económico a la metrópoli de los territorios asiáticos, de la India lusitana.

Será precisamente durante el periodo de la unión de coronas cuando Brasil reciba un fuerte crecimiento institucional, económico, poblacional y de su importancia relativa en relación con el conjunto del imperio luso. Es un momento de desarrollo acelerado de la colonia portuguesa con un fuerte crecimiento del cultivo de la caña y la industria azucarera y del comercio con la América española y una notable expansión territorial. Fue también el tiempo de la intrusión neerlandesa en el noreste, con importantes consecuencias también de carácter económico.

Desde el punto de vista de la gobernación, hubo una progresión de la institucionalización y de la centralización administrativa, un cierto reflejo de la organización de la monarquía hispana. En 1591 se creó el *Conselho da Fazenda* -Consejo de Hacienda-, de cuyos cuatro secretarios uno se ocupaba de los asuntos coloniales y en 1604 el *Conselho da India*, ambos obviamente con sede en Lisboa. En 1621, Felipe III -II de Portugal- creó el Estado de Maranhão, separado del territorio gobernado desde Bahía y con capital en São Luis -que en 1737 se trasladaría a Belem-, que incluía las antiguas capitánías norteñas de Ceará, Maranhão y Pará y algunos territorios cercanos. La razón de la segregación estaba en la geografía: Maranhão quedaba, en términos de tiempo, más cerca de Lisboa que de Salvador. En 1640 se nombró un virrey para el conjunto de Brasil, de muy efímera vigencia, aunque volvería a aparecer nuevamente en 1663.

El tiempo de la Unión fue, hemos dicho, también un periodo de expansión y colonización de muy extensos territorios. Es entonces cuando se coloniza la desembocadura del Amazonas y se funda la ciudad de Belem, pero es también entonces cuando el desarrollo de la economía azucarera propició una alta demanda de ganado bovino, tanto para la alimentación humana como para ser utilizado como fuerza motriz en los ingenios azucareros. Las haciendas ganaderas fueron las responsables de la ocupación del territorio hacia el interior -hasta entonces la colonización se había reducido a una delgada franja litoral-, en dirección al *sertão*, el traspasí de Pernambuco y a la cuenca del río São Francisco. El ganado permitió la elaboración de carne seca -el tasajo de la América española-, el alimento básico de los esclavos, en zonas hasta entonces poco pobladas, como el norteño Ceará e incluso una incipiente manufactura de cueros que comenzaron a ser exportados hacia Europa.



Aprovechándose de una cierta laxitud de las autoridades de la América española, los colonos de Brasil penetraron muy profundamente más allá de la línea del tratado de Tordesillas y llegaron incluso a abrir una ruta que llegaba hasta Potosí a través de Buenos Aires, Córdoba y el norte argentino. Frecuentada por comerciantes, denominados los *peruleiros*, fue el camino de un intenso comercio de productos manufacturados europeos y esclavos negros llegados a Brasil, a cambio de los cuales, un importante flujo de plata potosina se desviaba hacia la colonia portuguesa. Boxer indicaba que en los años de la unión, una media de doscientos navíos salían de Portugal hacia Brasil; la mayor parte de los artículos que cargaban y que superaba ampliamente las necesidades de la población de la colonia lusa, acababan emprendiendo las rutas de los peruleiros. La ruta, ilegal aun cuando se produjera entre territorios de una misma corona, no desaparecería después de fin de la Unión y permanecería viva hasta los últimos tiempos coloniales.

El fuerte incremento de la economía azucarera, sobre todo en el tradicional nordeste, generó un crecimiento muy notable de la demanda de mano de obra forzada. Esta se consiguió en un primer momento en las zonas del interior cercanas a las regiones azucareras, utilizando de forma frecuente procedimientos abiertamente ilegales y exterminando a veces a grupos poblacionales enteros en el intento de someterlos. Ante las dificultades, la caza del indio se volvió hacia la región sur, que en esos momentos comenzaba a poblararse. Es entonces cuando los habitantes de São Paulo, territorio ajeno al desarrollo de las plantaciones, comienzan a realizar incursiones en las zonas boscosas de un entorno cada vez más lejano, en busca de metales, piedras preciosas y esclavos. Como lo primero no se encontraba, al menos en las cantidades que esperaban, rentabilizaban sus incursiones -*bandeiras*- cazando indios a los que esclavizaban para ser vendidos en los mercados más cercanos de Río de Janeiro y São Vicente. En contra de lo que afirma la historia oficial, muy pocos cautivos eran enviados al nordeste azucarero, dónde primaba la esclavitud africana. La gran mayoría se quedaba en São Paulo, dónde se empleaban en las haciendas, alguna de las cuales llegó a tener más de mil esclavos o en el transporte de “harinas y comida al puerto de Santos y así con este trabajo en que se sirven dellos como de caballos, se mueren infinitos”, como escribía un testigo contemporáneo.

Una *bandeira* -según el historiador Capistrano de Abreu su nombre provenía de la costumbre tupiniquim de levantar una bandera en señal de guerra- se componía de un capitán -*capitão-mor*- con poder de vida y muerte sobre los miembros de la bandeira, de veinte a sesenta blancos, de doscientos a cuatrocientos *mamelucos* -los mestizos de la América española- junto a varios millares de indios. Indios y mamelucos iban armados con arcos y flechas, mientras que los blancos portaban armas de fuego. El ritmo de marcha de las entradas, normalmente por territorio de selva tropical cerrada no superaba los diez o doce kilómetros diarios y se alimentaban de recursos del terreno,



excepto la inevitable fariña, que llevaban como reserva. Detrás de cada bandeira solía haber alguien que en São Paulo financiaba la expedición y que recogía después una parte de los beneficios

Algunas de estas incursiones, denominadas indistintamente *entradas* o *bandeiras*, llegaron a efectuar viajes a distancias increíbles, como la famosa del bandeirante Antonio Raposo Tavares, quien desde São Paulo se dirigió al curso del río Paraguay y alcanzó el del río Madeira, que siguió hasta su confluencia con el Amazonas, por el que descendió hasta su desembocadura, una expedición que duró tres años -1648-1651- y recorrió miles de kilómetros a través de territorios muchos de ellos absolutamente inexplorados hasta entonces.

Los indios esclavizados, expuestos a las enfermedades europeas para las que carecían de inmunidad y sometidos a trabajos a los que estaban desacostumbrados padecían una elevadísima mortalidad, lo que obligaba a volver a buscar más indios para reemplazarlos, en un circuito retroalimentado infernal.

Pronto los bandeirantes descubrieron una reserva casi inagotable de indios concentrados y pacificados: las misiones jesuitas, que habían ido desarrollándose en una dilatada región al sur de São Paulo, en la amplia cuenca del río Paraná, a ambos lados de la frontera que dividía los dominios portugueses y españoles -las misiones ubicadas en la gobernación de Asunción-; hacia ellas dirigieron sus pasos los bandeirantes y capturaron miles y miles de guaraníes reducidos⁷. En solo las tres primeras décadas del XVII las tropas de bandeirantes esclavizaron o mataron a alrededor de quinientos mil indios y destruyeron más de cincuenta misiones jesuíticas sólo en las regiones meridionales de Guairá, Itatim y Tapé. Alfredo Ellis Jr. calcula que las bandeiras esclavizaron en el tiempo de su actuación 356.720 *peças*, lo que indica entonces que la mortalidad directa de indígenas causada por las bandeiras fue extremadamente alta. Hay que tener en cuenta que los bandeirantes acostumbraban a matar a viejos y niños y en la caravana de regreso a todos aquellos que por estar enfermos, impedidos o sufrir cualquier accidente podían suponer un retraso o estorbo para la marcha.

Los ataques fueron constantes hasta la extinción de las reducciones y sólo comenzaron a disminuir -disminuir, no desaparecer- cuando la Corona española autorizó a las misiones a armarse para autodefenderse. Una contundente victoria de los misioneros⁸ y

⁷ El 11 de marzo de 1841, en las márgenes del río M'bororé, afluente del Uruguay, tres mil guaraníes al mando del cacique Ignacio Abiaru, bajo la supervisión de los padres Pedro Romero y Pedro de Mola, con la ayuda de cañones fabricados con bambú y pólvora elaborada in situ, destrozaron a la bandeira de Jerónimo de Barros, formada por trescientos paulistas y seiscientos tupí. Al cabo de diez horas de batalla



la aparición de oro al norte de la ciudad paulista volvieron la vista de los antiguos bandeirantes del sur al norte; el ciclo de la caza del indio fue gradualmente sustituido por la caza del oro.

Mientras tanto, el noreste profundizaba en la economía azucarera y en la utilización en ella de un creciente número de esclavos africanos como mano de obra. Tradicionalmente, el azúcar salía para la metrópoli portuguesa, dónde efectuaba una simple escala, ya que la redistribución europea del producto se realizaba desde Ámsterdam, el gran centro financiero y distribuidor de productos en Europa. A fines del siglo XVI, los neerlandeses controlaban cerca del 60% de los fletes entre Brasil y Portugal y además una buena parte del azúcar exportado por Brasil era financiado por los comerciantes de Ámsterdam. Los holandeses tenían, pues, una relación antigua y un buen conocimiento de la riqueza de la región.

La guerra por la independencia de los Países Bajos, que había comenzado en 1568 y se había convertido en una especie de guerra total por el control del comercio colonial a larga distancia en todos los territorios de la doble corona, llegó también a tierras americanas. En 1613 los holandeses pusieron pie en el nuevo continente con la construcción de dos fuertes en las cercanías de la desembocadura del Amazonas. En 1621, siguiendo la huella de la exitosa Compañía de las Indias Orientales, se fundó la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales, que obtuvo del gobierno de la República el derecho monopólico de conquista comercio y navegación en África y América. Con un disfraz de compañía de comercio, en realidad el objetivo de la agrupación era la práctica del corso y el asedio a las flotas hispano-portuguesas, en el tiempo de la Unión, enemigas.

Pero la Compañía comenzó a considerar la posibilidad de hacerse con el control de la producción y el comercio de la propia materia prima, el azúcar. Una importante expedición organizada por aquella al mando del almirante Piet Heyn atacó a la propia capital de la colonia, Salvador, en 1624, si bien las fuerzas españolas -la mayor flota que nunca antes había cruzado el Ecuador, 52 navíos con doce mil hombres- enviadas por el conde-duque de Olivares fueron capaces de desalojar a los intrusos al año siguiente. Los ataques continuaron y la captura de una de las flotas españolas en la isla de Cuba permitió en 1630 un ataque mejor organizado, esta vez contra la parte más próspera de la colonia, Pernambuco. Ahora, los neerlandeses se quedarían veinticuatro años, durante los cuales redondearon sus conquistas hasta controlar 60 leguas de costa de Brasil, desde Natal hasta el sur de la desembocadura del São Francisco, los más

por tierra y agua, la mayor parte de los invasores había muerto y los sobrevivientes tuvieron que internarse en la selva, dónde el hambre y las enfermedades acabaron con ellos. Sólo veinte volvieron a São Paulo.



productivos entonces y los más próximos a Europa. Además, su presencia en la costa americana les sirvió de asiento para atacar y controlar puntos de la costa africana, esencial en el camino hacia oriente, como São Jorge da Mina, que ocuparon en 1638. También resultó una buena base para realizar incursiones en el Caribe y practicar el corso contra las flotas de la América española.

Los holandeses organizaron una administración propia en el territorio, al frente de la cual enviaron al conde Johann Mauritijs van Nassau como gobernador general con sede en la ciudad de Recife que ellos mismos potenciaron -y a la que dotaron de un notable urbanismo de matriz holandesa que incluía, por ejemplo, el mayor puente entonces existente en América, de 318 metros de longitud, jardines y el Palacio Friburgo que embellecían a la nueva capital- frente a la tradicional capital portuguesa de Olinda. La nueva administración dejó intacto el interior del país y su sistema de producción de azúcar, que siguió en manos de sus anteriores propietarios portugueses.

Pero los años de permanencia de los holandeses en el nordeste no fueron tranquilos. Los nuevos colonizadores estuvieron sometidos de forma constante a la oposición armada de las fuerzas portuguesas, tanto exteriores -desde Bahía- como a la resistencia de los portugueses del interior que, en contra de la inicial creencia de los invasores, no se plegaron a su dominación. La ocupación no resultó, ni mucho menos, tan lucrativa como se prometían los neerlandeses antes de su llegada. El sistema productivo del azúcar se desorganizó y la hostilidad de los portugueses hizo que las necesidades más básicas tuvieran que ser cubiertas con importaciones, con la consiguiente elevación del coste de la vida. La Compañía comenzó a enfrentar graves dificultades financieras.

La llegada de Nassau supuso un intento de reorganización y de nueva rentabilización de la Nueva Holanda. El conde intentó reactivar la producción de azúcar, cuyo sistema había sido muy dañado, a base de expropiar los ingenios que no producían. En los años 1637 y 38 holandeses y portugueses -a los que de esta forma pacificó y atrajo- adquirieron ingenios con créditos concedidos por la omnipresente Compañía y los pusieron en funcionamiento con el consiguiente aumento de producción y exportación. En 1637 la producción del nordeste sobrepasó ya el millón de arrobas anuales. Los años del gobierno del aristócrata -1637-1644- marcaron el apogeo del dominio neerlandés y no solo desde el punto de vista económico: Nassau llegó acompañado de pintores, como Frans Post y Albert Eckhout, los primeros europeos que retrataron la naturaleza tropical, arquitectos, como Pieter Post, naturalistas, de entre los que destacaron Marcgraf y Piso, autores de la monumental *Historia Naturalis Brasiliae* y escritores hasta en número de 46, lo que ha permitido que pasara a la historia como una especie de epílogo de los príncipes renacentistas.



En el resto de Brasil, el periodo de ocupación holandesa supuso un incremento de la producción azucarera y de la relación comercial con el exterior, sobre todo en Bahía y Río de Janeiro, dónde se instalaron con sus capitales y sus esclavos muchos refugiados de las zonas ocupadas por los holandeses. Las necesidades de mano de obra abrieron ya la puerta decididamente a la esclavitud africana, de manera que el comercio de esclavos desde la costa africana se convirtió en uno de los más lucrativos. Durante la primera mitad del siglo XVII en torno a cuatro mil africanos esclavizados llegaron cada año a las costas brasileñas en unas condiciones que todos los estudiosos coinciden en calificar de espantosas. Los viajes, de una duración de entre 35 y 55 días de duración en función del puerto de destino en la costa de Brasil, en condiciones tan penosas -los barcos se sobrecargaban hasta el límite para rentabilizar el viaje- que acarreaban la muerte de una parte importante del cargamento, a veces de más del 50%. Brasil fue, desde la segunda mitad del siglo XVI, el principal importador de esclavos de América, a una gran distancia de los demás territorios.

Brasil se configura en esos años y hasta el siglo XVIII como un territorio casi únicamente agrícola en el que el vértice de la producción exportadora lo ocupa la plantación azucarera, conjunto de tierras productoras de caña y de instrumentos para su molienda que recibe la denominación de *engenho*. A la tradicional producción de Pernambuco se unió la de Bahía y de forma menos destacada, la de Río de Janeiro. A mucha distancia del valor de la producción azucarera se encontraba la de tabaco, localizada sobre todo en el Recóncavo de Bahía, de dónde procedía más del 90% de la exportación. A diferencia del azúcar, el tabaco era la producción de pequeñas explotaciones familiares o de plantaciones mucho menores que las azucareras y que utilizaban entre 20 y 40 esclavos. El tabaco de mayor calidad se exportaba a Europa y las calidades inferiores hallaban salida en la costa africana en trueque para la adquisición de esclavos.

Junto a estos dos cultivos destinados esencialmente a la exportación, el gran cultivo de consumo interior era la mandioca, el alimento básico de las tierras tropicales, adoptado por los colonos de los pobladores indígenas y que se cultivaba al mismo tiempo como cultivo de subsistencia en las peores tierras de las plantaciones azucareras o en tierras que por su escaso rendimiento no podían destinarse a la producción de azúcar. Pero poco a poco fueron también apareciendo plantaciones que producían grandes cantidades de mandioca destinada al mercado y al consumo de ciudades y grandes ingenios. También, cuando en la segunda mitad del siglo XVII aparezca la crisis azucarera en el nordeste, hubo plantadores de caña que se transformaron en productores de mandioca. Por último, ya hemos aludido antes a la utilización del interior como reserva de producción ganadera.



La sociedad que se conforma en torno a esa producción y exportación agraria es rígidamente piramidal. El vértice lo ocupaban los grandes plantadores, *senhores de engenho*, dueños de extensiones considerables de tierra en que cultivaban la caña, de instalaciones de transformación y de un número considerable de esclavos y los grandes comerciantes exportadores e importadores, vinculados con aquéllos por cuanto les proporcionaban financiación. Constituían todos ellos una especie de aristocracia colonial con un gran poder social y político que ejercían a través de su monopolio de los puestos de las Cámaras Municipales. Las crisis en la producción azucarera hicieron que los ascensos y descensos sociales fueran los suficientemente frecuentes como para impedir que se convirtieran en una aristocracia de carácter hereditario.

En un nivel inferior estaban los blancos libres que o bien eran pequeños agricultores que cultivaban caña que vendían a los ingenios -*lavradores de cana-* o bien desempeñaban trabajos como artesanos en las ciudades o trabajos especializados en los ingenios azucareros -capataces, carpinteros, etc.-, a veces bien remunerados, como en el caso de los maestros azucareros. Estos trabajos eran también realizados a veces por negros libres, una categoría inmediatamente inferior a la de los blancos pobres, pero superior a la de los esclavos, negros e indios, la escala más baja de la sociedad colonial brasileña.

De la Restauración a las Reformas pombalinas, 1640-1750

La sublevación de Portugal y la consiguiente guerra, que culminó con la restauración de la independencia y la entronización de la dinastía Braganza en la persona de Juan IV disolvieron la Unión Ibérica en 1640. La vuelta a la situación anterior a 1580 significó un peso relativo mayor de Brasil en el conjunto del imperio luso, por un lado porque la economía azucarera había incrementado su valor económico y por otro porque los holandeses habían asentado y lo seguirían haciendo en los primeros años tras la Restauración, fuertes golpes a las posesiones portuguesas en el Índico, lo que hizo disminuir correlativamente el peso del oriente y África respecto al que tenían antes del inicio de la Unión Ibérica. Y en adelante no haría sino aumentar.

La ruptura con España suponía teóricamente la paz con los Países Bajos. Efectivamente, Portugal y Holanda firmaron una tregua de diez años, que trajo como consecuencia el fin de las hostilidades de holandeses y luso-brasileños en el noreste. Pero la paz coincidió con un creciente desentendimiento entre el gobernador Nassau y la omnipotente Compañía. Ésta apretaba cada vez más a los dueños de ingenios - *senhores de engenho*- para que pagaran las deudas que habían contraído con ella y estableció una serie de impuestos que se hicieron enormemente impopulares. Nassau renunció y abandonó Brasil en 1644. Poco después, sin la presencia conciliadora del aristócrata estalló una rebelión de los colonos portugueses que se negaban a pagar los



impuestos y a devolver los préstamos a la Compañía -liberar a Pernambuco significaba para ellos liberarse de las deudas-, un levantamiento en cuyo estallido coincidieron también una serie sucesiva de malas cosechas de caña, alternancias de inundaciones y sequías, caídas del precio del azúcar y que se produjo simultáneamente con el estallido de una guerra angloholandesa, lo que conllevó la ayuda británica al levantamiento.

Nuevamente estallaba la guerra, que culminaría con el abandono del nordeste por los neerlandeses en 1654. Portugal recuperaba su territorio, pero el precio que tuvo que pagar fue alto. Si bien recuperó también Luanda y con ella la base principal del tráfico de esclavos, prácticamente perdió sus posesiones orientales a manos de los holandeses y además la destrucción del aparato productivo del azúcar -plantaciones, ingenios, incluso esclavos, que fueron utilizados en la guerra- fue muy profunda. Además, como siempre, ambos contendientes utilizaron de forma masiva a la población indígena como fuerza de choque, lo que acarreó también una gran mortandad entre las poblaciones nativas de todo el nordeste.

A la destrucción del potencial productivo azucarero de la que había llegado a ser la mayor región productiva del mundo y que costó muchos años y muchos recursos recomponer se acumuló un nuevo problema: los holandeses expulsados de Pernambuco se instalaron en el Caribe y comenzaron a utilizar su experiencia en la producción de azúcar para trasladar cultivo y producción, mejorados con nuevas técnicas de cultivo y molienda más eficaces, a su nuevo asentamiento. A ellos se unirían en la segunda mitad del siglo XVII británicos y franceses, igualmente asentados en las Antillas y auxiliados de capital holandés para configurar una competencia difícil de afrontar para el anterior monopolista de la producción, Brasil. Para aumentar los males, los neerlandeses entraron de lleno en el comercio de negros y convirtieron a Curaçao en el gran depósito distribuidor de esclavos, en abierta competencia con los portugueses.

En definitiva, a fines del siglo XVII, Portugal había sido expulsado de oriente y perdido el monopolio mundial de la producción de azúcar y de la trata de esclavos africanos – que había pasado a manos primero de holandeses y luego también de británicos-. La entrada de nuevos productores en el mercado hizo descender los precios del azúcar en el mercado europeo y los opulentos senhores de engenho no podían hacer frente a sus deudas con los comerciantes ni podían pagar ya los productos manufacturados que llegaban de Europa, lo que hizo disminuir notablemente el comercio. Fueron muchos los que quebraron y perdieron sus propiedades. La edad de oro del azúcar nordestino finalizaba y a la colonia la salvaría en el siglo siguiente la aparición del oro. Pero en lo sucesivo, el nordeste no haría sino perder peso en el conjunto del ultramar portugués.

Precisamente, la disminución de la posibilidad de importar productos desde Europa a causa del retroceso de la capacidad adquisitiva de los senhores de engenho, produjo un



efecto positivo en la colonia: muchos de los artículos antes importados comenzaron a ser producidos por artesanos locales, lo que trajo como consecuencia una mayor diversificación de la población de las ciudades y un crecimiento de éstas. Igualmente, la práctica desaparición de la parte oriental del imperio hizo volver a Portugal los ojos mucho más a la que se había convertido en su principal posesión colonial; la Corona tomó medidas para una mayor centralización administrativa, aumentaron los funcionarios y se prestó una atención mucho mayor al cobro de impuestos en Brasil, que habían pasado a convertirse en mucho más decisivos para el mantenimiento de la Corona.

Hubo también en este tiempo una importante ampliación de la frontera a costa de los territorios indígenas, contra los que se sostuvieron numerosas luchas. La delgada franja costera que era Brasil hasta mediados del siglo XVII se profundizaba hacia el interior, hacia el sertão bahiano, hacia la cuenca del río São Francisco o hacia la zona interior de Río Grande do Norte. Todas estas áreas nuevas se dedicaron fundamentalmente a la ganadería extensiva y en ellas se desarrolló una sociedad muy diferente de la de las zonas azucareras, una sociedad de frontera en tensión constante con las poblaciones indígenas cercanas.

Al mismo tiempo, en la región al sur de São Paulo los bandeirantes paulistas llevaban el radio de sus razzias cada vez más lejos, ante la huida de los indígenas a los que iban buscando a regiones cada vez más apartadas. Las poblaciones guaraníes acabaron fundando los Siete Pueblos de Misiones en la orilla izquierda del río Uruguay, bajo la protección de los jesuitas, territorio que pronto acabaría convirtiéndose en el más avanzado de la frontera de la gran cuenca del Paraná.

Más al sur, en las orillas del Río de la Plata, situado de lleno en territorio asignado a España por el tratado de Tordesillas, los lusitanos se instalaban por primera vez en 1680 en un punto que sería objeto de confrontación con sus vecinos hasta bien avanzado el siglo XIX. Los tiempos de la Unión Ibérica habían establecido una intensa relación entre el sur del Brasil y el Río de la Plata y a través de él, con el Alto Perú y sus riquezas metálicas y cuando Portugal recuperó su independencia los paulistas y los habitantes de las denominadas *capitanías de baixo* no estaban dispuestos a renunciar a sus provechosas conexiones platinas y a practicar el contrabando a cambio de plata. Presionaron, por tanto, para ocupar permanentemente un espacio en aquellas riberas. A los intereses económicos se unió también la persistente idea de la Corona portuguesa, que luego heredaría el Imperio y que sería una de las ideas fuerza de su diplomacia desde el siglo XVII en adelante, de la *ilha Brasil*, la imagen de Brasil como una isla que debería estar delimitada al norte por el Amazonas y al sur por el Plata, dos ríos que según las ideas geográficas de la época nacían en un enorme lago en el interior del continente y que, por tanto conformarían una especie de gran isla separada de los



dominios españoles y en los que debería fijarse la frontera entre éstos y los portugueses. Presiones e ideas confluyeron en la organización en 1679 de una expedición marítima que partió del puerto de Santos y desembarcó en la costa oriental del gran río, exactamente frente a Buenos Aires el 20 de enero de 1680. Surgió así la Colonia do Sacramento, base de un intenso contrabando y de conflictos constantes con España hasta el mismo momento de las independencias. Para asegurar tan lucrativa posesión, Portugal incentivó el poblamiento de las tierras situadas entre el estuario platino y la costa de São Vicente con colonos insulares portugueses. Se iban así colonizando los espacios de lo que luego serían Santa Catarina y Río Grande.

Tras la crisis que siguió a la expulsión de los bátavos del nordeste, la producción azucarera fue lentamente recuperándose. La demanda europea fue capaz poco a poco de absorber la producción antillana y la brasileña y los senhores de engenho hicieron frente al ajuste de los precios introduciendo novedades que la aumentaron y disminuyeron sus costes. Por un lado hubo inversión en innovaciones técnicas: los productores introdujeron las invenciones tanto en la molienda como en la posterior cocción en calderas que habían adoptado los neerlandeses y utilizaban ya éstos y los británicos en las Antillas. La superficie de tierras destinada a la caña se incrementó, en buena parte a cargo de *lavradores de cana* que entregaban su producción a los *senhores de engenho*.

Unos y otros recurrieron a cantidades crecientes de esclavos, ahora ya exclusivamente africanos y en su mayor parte, dada la escasa reproducción interna de la población esclavizada, *boçales*, traídos de la costa del otro lado del Atlántico. Los ingresos en las últimas décadas del siglo XVII ascendieron a una media de entre 7 y 8 mil esclavos anuales, que se dispararon hasta 15 mil en las primeras de la centuria siguiente, cifra que aun se incrementó más en las décadas centrales del XVIII como consecuencia de la demanda provocada por la aparición y explotación de minas de oro.

La evolución económica y social hasta comienzos del siglo XVIII no hacía sino profundizar en el incremento constante del peso del nordeste azucarero en el conjunto de la colonia. Todo ello hasta que en la postrera década del XVII bandeirantes paulistas, en el curso de sus expediciones esclavistas –que, agotados los *currais* – reservas- de indios más cercanos dirigían sus pasos a regiones cada vez más alejadas-, encontraron oro en las tierras al interior del litoral situado entre Bahía y Río de Janeiro, las que luego serían conocidas como Minas Gerais. Otros núcleos auríferos aparecieron en el vecino Goiás y en el ubicado a muchos cientos de leguas de allí, el territorio del Mato Grosso. Se trataba de una riqueza nunca antes vista en la colonia que estimuló el poblamiento del interior, vivificó la economía brasileña, que comenzaba en ese momento a sentir los efectos de un descenso de los precios del azúcar en el mercado



externo y sacó a Portugal del cada vez más pesado déficit exterior, sobre todo en el comercio con Inglaterra, que estaba a punto de asfixiar las finanzas de la Corona lusa.

Como sucedería algo más de un siglo después en California, la fiebre del oro que se desató en Brasil en el tránsito entre los siglos XVII y XVIII, revolucionó a la colonia: provocó un inmenso y desordenado éxodo de población que amenazó con dejar vacías las ciudades, causó un gran aumento en el precio de los esclavos, del ganado y de los suministros alimenticios en general, arrastró importantes reformas políticas, provocó la masacre y la extinción de grupos enteros de indígenas, abrió nuevos caminos de penetración hacia el interior incorporando regiones enteras hasta entonces no exploradas ni explotadas por los europeos. Pero también llevó a un segundo plano al cultivo del azúcar provocando incluso el abandono de plantaciones.

El oro permitió que los lusitanos “*deixaran de andar arranhando as terras ao longo do mar como caranguejos*”⁹, en expresión del cronista fray Vicente do Salvador. Población de las tierras azucareras desde Pernambuco a Río, ociosa por la creciente crisis azucarera, se trasladó en forma de tromba hacia los nuevos centros mineros, de manera que la masa humana que se dirigió hacia las minas entre 1700 y 1720 fue superior a las ciento cincuenta mil personas. Partieron de las ciudades y del campo, emigraron blancos y mestizos pobres, pero también senhores de engenho que se llevaban consigo sus esclavos, con los que esperaban hacer negocio en las nuevas tierras. Pero la nueva riqueza minera devoraba hombres y pronto comenzaron a llegar en cantidades considerables esclavos africanos de un lado –la captura y el tráfico se incrementó notablemente a lo largo del siglo XVIII, el del auge del oro, de manera que en 1738, antes aun de que el ciclo del oro llegara a su ápice, había ya 101.477 esclavos trabajando en las minas de la colonia- y por otro, población pobre de la metrópoli, incapaz de sustentar su población. Tras el descubrimiento de las minas la emigración peninsular adquirió unas proporciones hasta entonces insospechadas, hasta el punto de que la Corona se alarmó e intentó implementar medidas restrictivas de la emigración ultramarina, sin que consiguiera en absoluto reducir sus proporciones.

La población llegada a los territorios mineros se agrupó en torno a las explotaciones y como consecuencia de su asentamiento se fundaron Vila Rica de Ouro Preto, Mariana, Sabará, Caeté, São João del-Rei o Congonhas. Consecuencia de la nueva importancia poblacional de la zona fue la creación de las nuevas capitanías de São Paulo –1709-, Minas Gerais –1720-, Goiás –1744- y Mato Grosso –1748-; a mediados del siglo XVIII, el desequilibrio en importancia tanto en términos demográficos como económicos había basculado a beneficio del sur, que a partir de entonces no dejaría de ganar peso en el conjunto del territorio del Brasil.

⁹ “Dejaran de arañar las tierras a lo largo del mar, como cangrejos”.



La extracción de oro y la gran riqueza generada por ella despertó inmediatamente la voracidad del fisco de la Corona. Esta levantó toda una estructura de cobro de impuestos sobre el metal precioso encargada también de impedir el *descaminho*, la circulación del metal dorado sin haber pagado los correspondientes impuestos. Una nube de *superintendentes, guardas-mores y oficiais deputados* dependientes de la Intendencia de Minas se ocupó de cobrar el quinto real, resolver pleitos entre y con los mineros, ayudar al fomento de la actividad minera y encargarse de que todo el metal extraído fuera a parar a la real *Casa de Fundição*, en la que de forma obligatoria debía ser sometido a las operaciones necesarias para obtener lingotes debidamente dotados del cuño real que indicaban que había pagado el quinto.

La enorme cantidad de oro que se extrajo a lo largo de lo que algunos historiadores de la economía denominan “ciclo del oro brasileño” salió para Lisboa y la cruzó sin detenerse para salir directamente hacia el norte, especialmente hacia Inglaterra dónde ayudó a hacer despegar su Revolución Industrial; las previsiones que marcaba el tratado lusobritánico de Methuen favorecieron extraordinariamente ese desvío. Aun así, la escasa porción del metal que se quedó en Lisboa, sirvió para reforzar el poder de la Corona en el camino absolutista que siguió a lo largo del siglo de las Luces y que posibilitó el que João V fuese llamado “*O Rei-Sol portugués*”. Aun así se calcula que al menos el 35% del mineral circuló sin control real, por circuitos de contrabando.

La legislación minera vigente en Brasil tenía una gran semejanza con la que regulaba la actividad en su vecina la América española. Las minas se explotaban por concesión de las autoridades reales, quienes repartían *datas*, lotes, a las que tenían derecho el descubridor del yacimiento y la Real Hacienda, una cada uno; el resto se repartía entre los comparecientes al reparto, siempre que demostraran que poseían un número mínimo de esclavos, a razón de 2 y ½ braza de concesión por cada esclavo, hasta un máximo de 30 brazas.

A diferencia de los grandes centros mineros argentíferos mexicanos o peruanos, que habían alcanzado en esos mismos tiempos una gran complejidad técnica, la extracción de oro en Brasil era una tarea técnicamente mucho más sencilla. El oro se encontraba en su inmensa mayoría como aluvial en los lechos de los ríos y su extracción requería sobre todo de fuerza humana aportada por esclavos; una parte menor se hallaba en vetas que había que seguir desmontando la capa de tierra encima, pero nunca a una notable profundidad. Quizá la labor más compleja de las que se realizaba era el desvío de algunos ríos para mejor trabajar en su lecho.

Trabajaban en la minería empresarios o asociaciones de ellos capaces de invertir en esclavos –que podían ascender a varias decenas– y en equipamientos de derribo o de



actuación sobre los ríos y junto a ellos laboraba una nube de *faiscadores*, individuos aislados que trabajaban por cuenta propia y que no utilizaban más herramientas que las ancestrales bateas, empleadas en América ya en tiempos de Colón. Algunos de estos faisadores eran esclavos que pagaban un porcentaje de sus hallazgos a su dueño.

El total de oro extraído se calcula en 874 toneladas en 80 años –1700 a 1780- en Minas Gerais, con un ápice en las dos décadas que abarcan de 1740 a 1759, a las que habría que añadir las 160 toneladas que salieron de Goiás –cuyas minas comenzaron a trabajarse en 1727- y las 60 toneladas que salieron de Mato Grosso, dónde la producción comenzó en 1729. Un total, por tanto de 1.094 toneladas, una cantidad absolutamente sin precedentes en la historia anterior.

La compleja sociedad que se formó en torno a las minas, donde, según relato de algunos cronistas, “todos los vicios tuvieron morada, todas las pasiones se desencadenaron y todos los crímenes se cometieron” –de hecho, la fiebre comenzó con un homicidio, el cometido por el que es tenido como uno de los primeros halladores, Borba Gato, en la persona del técnico enviado por la Corona, Rodrigo Castelo Branco-, dio lugar a innúmeras tensiones, que acabaron desembocando en levantamientos y contiendas internas. Al margen de las numerosas luchas sostenidas con los indígenas para desalojarlos del territorio o esclavizarlos, dos fueron los más graves: la *Guerra dos Emboabas* –1708-1709-, un conflicto entre los *emboabas*, apelativo de origen tupí –*amô-abâ*, forastero- con el que los paulistas, que se consideraban dueños del territorio, denominaban a los recién llegados de Portugal o del litoral de Brasil y a los que aquellos acusaban de haberse quedado con las mejores explotaciones. La lucha comenzó tras múltiples incidentes intercomunitarios, cuando los emboabas se organizaron bajo el liderazgo de un comerciante y minero bahiano, Manoel Nunes Viana, a quien nombraron gobernador de la región en sustitución de un paulista que hasta entonces ocupaba el cargo. Tras tres años de lucha, en la que ambas facciones requirieron el auxilio de la Corona, ésta se aprovechó enviando un nuevo gobernador nombrado por ella y creando una estructura funcional que afirmó un poder real que hasta entonces apenas existía.

El segundo conflicto armado fue la revuelta encabezada por Filipe dos Santos en 1720. Fue esta la primera manifestación del descontento de los mineros contra lo que consideraban que era una fiscalidad extorsiva por parte de la Corona, que había agregado nuevos impuestos –entradas, sobre los productos que llegaban, ya muy encarecidos para la subsistencia de la región, peajes o diezmos eclesiásticos- al tradicional del quinto. Los habitantes de Vila Rica de Ouro Preto se levantaron liderados por dos Santos y el gobernador prometió estudiar sus demandas; no fue más que una fórmula para ganar tiempo: llenó la ciudad de soldados y aplastó la revuelta. Sus jefes fueron llevados presos y sus casas incendiadas, mientras que el líder



reconocido, el citado dos Santos fue ahorcado y descuartizado para servir de público escarmiento. La consecuencia final fue una nueva reafirmación del control del territorio por parte de la Corona.

Paralela a la producción de oro, Minas fue el escenario de una importante extracción de diamantes, que comenzó en torno a 1730 en la zona de Serro Frío, en las cercanías de la actual ciudad de Diamantina. A diferencia del caso del oro, la producción diamantífera era un rígido monopolio de la Corona, que prohibía incluso el acceso al distrito a cualquiera que no contara con la autorización especial, difícilmente otorgada, de su intendente, con la prohibición expresa de ingreso a los negros y pardos libres, a los desocupados o a los mendigos. La extracción se producía por concesión real y contrato hasta 1771, fecha en la que la Corona se hizo cargo de forma directa de los trabajos, para los que alquilaba los esclavos de que no disponía a particulares, muchas veces sus funcionarios. El monopolio, al que se enfrentaron lógicamente numerosos contrabandistas y *garimpeiros*, se prolongó hasta comienzos del siglo XIX. Entre 1740 y 1710, Brasil produjo la increíble cantidad de tres millones de quilates, que descargaron sobre el esfuerzo de más de diez mil esclavos. La cantidad fue tan increíble que el precio del diamante cayó en el mercado europeo un 75%.

A partir de 1759 comenzó a manifestarse una lenta crisis de la minería aurífera, que a la altura de la década de 1770-1779 era ya dramática. Algunos autores sostienen que no a causa del agotamiento de aluviones y vetas, sino más bien en razón de una fiscalidad tan extorsiva que impedía cada vez más su rentabilidad. En cualquier caso, a fines de siglo muy pocas minas seguían en producción y la mayor parte de la población *mineira* se había decantado por otras actividades, fundamentalmente la cría de ganado y la producción de otros abastecimientos para exportar, principalmente a la ciudad entonces en auge, Río de Janeiro. Poco quedaba de los años de la fiebre, quizás si exceptuamos el legado que supuso el maravilloso barroco mineiro, personificado en la obra del escultor y arquitecto Manuel Francisco Lisboa, mucho más conocido con su apelativo del *Aleijadinho*, el contrahecho, en alusión a la enfermedad degenerativa que le fue deformando progresivamente hasta su muerte.

Todo este desarrollo que hemos visto producirse desde el fin de la Unión Ibérica hasta mediados del siglo XVIII, que introdujo una elevada complejidad en la economía y la composición social, no se produjo sin la aparición de muy fuertes tensiones. A las arriba descritas en la región de Minas hay que añadir otras, unas producidas por tensiones entre los colonos y la administración real, otras por conflictos entre grupos de los propios colonos y otras como consecuencia de la presencia de una creciente población esclava, obviamente descontenta.



En 1660, la población de la ciudad de Río, obligada a pagar un nuevo impuesto para aumentar las fuerzas de defensa de la colonia, se levantó contra el gobernador exigiendo la abolición de las nuevas tasas y al mando de Jerónimo Barbalho tomó el poder en la Cámara de la ciudad. El gobernador, ausente en Paranagua, regresó a su sede y aplastó la sublevación adoptando medidas muy duras para los sublevados –pena de muerte para Barbalho-, pero en realidad, éstos alcanzaron sus objetivos, ya que las tasas rechazadas nunca fueron reintroducidas.

Una nueva insurrección estallaba en 1684 en el territorio de Maranhão. Allí los colonos protestaban contra las dificultades que experimentaban en el abastecimiento tanto de esclavos negros como de productos procedentes de la Metrópoli. Era aquella una región muy pobre y sus colonos carecían de recursos suficientes para comprar esclavos, por lo que la solución que hallaron para proveerse de mano de obra fue volverse a las misiones de los jesuitas para cazar los indios de sus doctrinas; en el conflicto –largo conflicto- entre colonos y religiosos, la Corona siempre se puso del lado de éstos. Pero creó una Compañía de Comercio, al modo de las que entonces proliferaban por los países europeos con posesiones coloniales. La Companhia do Maranhão tenía como objetivo la más fácil provisión de esclavos africanos y de alimentos que los colonos consideraban esenciales y que sólo se encontraban en la Metrópoli, como aceite de oliva o el insoslayable bacalao de la dieta portuguesa. Ante el deficiente funcionamiento de la nueva Companhia, los colonos se levantaron contra ella y contra los jesuitas, liderados por un señor de engenho, Manuel Beckman y depusieron al gobernador de la capitánía, cuyo puesto fue ocupado por aquel. Pero el gobernador rebelde, que se incautó de la Companhia y encarceló a los padres, fue incapaz de resolver ninguno de los problemas, estalló contra él una nueva rebelión, lo que fue aprovechado por la corona para sofocarla, encarcelar y deportar a los cabecillas y ahorcar a Beckman.

En 1709 estallaba una guerra civil en Pernambuco, consecuencia de los cambios que se habían producido en la capitánía tras la expulsión de los holandeses. En el que había sido el más dinámico territorio de la colonia en el siglo anterior, una estructura económica simple concentraba en manos de los senhores de engenho prácticamente todas las actividades lucrativas de la capitánía; eran productores y refinadores de azúcar, pero también comerciantes exportadores e importadores y traficantes de esclavos con África. Tradicionalmente, estos senhores residían en la ciudad de Olinda, antigua capital pernambucana, sede del gobernador y controlaban las instituciones políticas locales. Pero en la segunda mitad del siglo XVII, tras el desalojo neerlandés, la ciudad de Recife, creación de los holandeses se había convertido en el principal puerto de embarque y desembarque del comercio exterior, controlado ahora por comerciantes originarios de la metrópoli y a los que los orgullosos señores azucareros, que se tenían por la auténtica aristocracia colonial despreciaban como advenedizos, impedían que



tuvieran representación en la Cámara olindense, de la que Recife dependía y motejaban con el apelativo despectivo de *mascates* –tenderos-. Las tensiones entre ambos colectivos se fueron incubando a lo largo de la segunda mitad del siglo XVII, pero estallaron cuando el gobernador cambió su sede tradicional en Olinda por la ciudad mucho más dinámica de Recife y ésta fue elevada al rango de *vila* en 1709, acto que significaba que ésta se zafaba de la autoridad de la Cámara de Olinda, controlada, lo hemos dicho, por los señores azucareros. Los actos significaban una intolerable –para éstos- elevación del grupo comerciante.

La rebelión estalló en Olinda, cuyos habitantes invadieron la ciudad vecina y obligaron al gobernador a huir. Las autoridades controlaron la situación tres años más tarde, en 1711. También en esta ocasión los jefes de la revuelta fueron apresados, sus bienes confiscados y ellos desterrados a la metrópoli y la situación contra la que luchaban no tuvo vuelta atrás: Recife siguió siendo la sede de la capitánía y Olinda comenzó una decadencia que la acabó convirtiendo en un núcleo secundario respecto a su antigua subordinada.

En general, estos conflictos no trascendieron la escala local, no cuestionaron en absoluto la estructura colonial y se saldaron al final con un incremento del poder de la corona. Muy distintas fueron las manifestaciones de resistencia de la población esclava, que se enfrentaban directamente por su capacidad de emulación a uno de los pilares esenciales del orden colonial, la esclavitud. La historiografía brasileña tradicional, de la que la obra clásica de Gilberto Freyre, *Casa Grande e Senzala* es uno de los mejores ejemplos, ha sostenido la tesis de la blandura de la esclavitud en Brasil y la buena adaptación de los esclavos a su situación. Los últimos años han visto una profunda revisión de esta tesis tradicional y han demostrado que frente a la situación extrema que constituía la esclavitud, los africanos resistieron con toda la fuerza de que fueron capaces.

Entre las muchas respuestas de los esclavos a su situación –suicidios, por ingestión de tierra o por inanición, automutilaciones, ataques a los dueños o a sus propiedades, etc.- la huida era una de las más frecuentes. Los esclavos que lograban el éxito en su huida, a pesar de los terribles castigos que pesaban sobre ellos en caso de ser capturados y de la existencia de feroces cazadores de esclavos pagados por los esclavistas, formaban los *quilombos*, escondidos en zonas inaccesibles. A lo largo del siglo XVII, los quilombos fueron dotándose de estructura, asentándose en aldeas fortificadas y dotándose de un jefe e incluso de estructuras más amplias: varios quilombos obedecían a un solo jefe.

Los habitantes de los quilombos constituyan una amenaza para las plantaciones cercanas a las que asaltaban con frecuencia, aunque hubo también muchos casos en los que se establecieron fructíferas relaciones comerciales entre haciendas y quilombos. El más



conocido quilombo –y el más simbólico de América- fue el de Palmares, un lugar ubicado en el interior de los territorios de Pernambuco y Alagoas que agrupó a miles de miembros, muchos de ellos incorporados aprovechando los tiempos de confusión que acompañaron las luchas luso-holandesas. Palmares llegó a ser en la segunda mitad del siglo XVII una especie de estado con un territorio de más de 200 kilómetros cuadrados, en torno a treinta mil pobladores –negros de una elevada cantidad de grupos étnicos y lenguas originarias diversas, a los que se unieron también indígenas y blancos fuera de la ley- y una estructura de poder sobre la que dominaba un líder, Ganga Zumba –que significaba Gran Jefe- con ministros, un ejército y un consejo formado por representantes de las aldeas.

Es evidente que un estado formado por esclavos era un desafío que ni el gobierno ni la élite esclavista colonial podían soportar. Las tentativas –más de veinticinco- que se hicieron para destruirlo a lo largo de más de cincuenta años fracasaron y solo a fines de siglo, el gobernador de Pernambuco decidió encargar a un bandeirante que reclutara un ejército suficientemente poderoso como para acabar con el foco de rebeldía. Tras un sonoro fracaso inicial, un ejército de nueve mil hombres asedió a Palmares, cuya resistencia acaudilló un sobrino de Ganga Zumba, Zumbi, que había asesinado a su tío cuando éste firmó un acuerdo con las autoridades lusitanas, y logró entrar en Palmares en 1694, casi cien años después de sus inicios. La represión fue brutal y Zumbi, que se refugió en la selva, fue capturado, ejecutado y su cabeza expuesta en la plaza pública de Recife “para aterrorizar a los negros que lo creían inmortal.” Pero la derrota del quilombo más célebre no significó el fin de la resistencia esclava. Hasta el final de la colonia fue constante la formación de estos centros y la organización de expediciones para destruirlos. El orden esclavista colonial no sufría un desafío tan flagrante.

Tiempo de reformas, 1750-1807.

A la altura de 1750, las minas de oro brasileñas daban los primeros síntomas, todavía muy leves, de crisis. La disminución progresiva de llegadas de metal a la metrópoli supuso la aparición nuevamente de la crisis en la balanza exterior de Portugal, agravada por las terribles consecuencias del terremoto de Lisboa del 1 de noviembre de 1755, con la carga que supusieron los trabajos de reconstrucción de la capital.

Los síntomas de crisis financiera no hicieron sino estimular el periodo de reformas que se abrió con el reinado de José I, marcado sobre todo por la presencia como primer ministro del todopoderoso marqués de Pombal. Las reformas conocidas como pombalinas, por el nombre de su principal inspirador, se encuadraban dentro del más estricto marco mercantilista y sus objetivos principales eran el fortalecimiento de la monarquía, en la senda del absolutismo entonces dominante y el saneamiento de la economía metropolitana y la consecuente reducción de la fuerte dependencia de Gran



Bretaña, que no había hecho sino crecer desde cien años atrás. En este contexto, Brasil era concebido como una colonia y como tal debía estar, por encima de todo, al servicio de la metrópoli, por lo que era imprescindible hacerla más rentable, a base de incrementar la exclusividad colonial –la reserva del mercado de la colonia para los comerciantes metropolitanos- mejorar su administración y gobierno y, como consecuencia, su aparato fiscal.

Desde el punto de vista administrativo, las reformas dieron fe del nuevo equilibrio territorial de Brasil, consecuencia de varias décadas de explotación minera en regiones situadas al sur del nordeste azucarero. El nordeste perdió peso a marchas aceleradas y el que ganaba el sur aparecía refrendado con el traslado de la sede del gobierno desde Salvador de Bahía a Río de Janeiro en 1763. El control por parte de la monarquía se reforzó al incorporar a la corona los últimos territorios que quedaban aun en manos de descendientes de los antiguos donatarios. Se produjo también un perfeccionamiento de la maquinaria administrativa con una burocracia colonial más profesionalizada y dotada de un salario fijo, al par que se intentó hacer más efectiva la administración fiscal con la creación de Juntas da Fazenda en cada una de las capitánías.

En la línea de maximizar el beneficio económico de la colonia a favor de Portugal aparece la creación de compañías comerciales en régimen de monopolio: la *Companhia Geral de Comércio do Pará e Maranhão* en 1755, a la que se entregó el monopolio del comercio en esos remotos territorios del extremo norte con la intención de poner en valor unas tierras hasta entonces económicamente insignificantes. No era la primera que se creaba allí y su antecesora había provocado un fuerte rechazo entre los habitantes. Ahora se trataba de ayudar –mediante créditos, esclavos y herramientas o incluso con medidas legales como la garantía de que los nobles no perderían su condición por participar en el comercio- al despegue de un cultivo, el del algodón, cuya demanda se expandía rápidamente, sobre todo en Inglaterra, embarcada en los inicios de la Revolución Industrial. Con el fin de reactivar el cultivo y la exportación de azúcar, que a mediados de siglo había sufrido un claro estancamiento, se creaba en 1759 la *Companhia da Paraíba e Pernambuco*, una de cuyas finalidades, al igual que en el caso de la anterior era facilitar la adquisición de esclavos a los terratenientes.

Las compañías comerciales, centradas en el fomento del cultivo de productos agrícolas contribuyeron a poner nuevamente en primer plano a la agricultura, la producción tradicional un tanto eclipsada por la minería en las décadas anteriores. En 1760, el 50% del valor de las exportaciones de la colonia lo ocupaba el azúcar, mientras que el oro representaba el 46%. Y activaron notablemente el comercio; a los productos tradicionales de exportación, sobre todo azúcar y tabaco –un rubro indispensable en el comercio de esclavos con África- se unen ahora café y cacao del extremo norte y el algodón, en menores cantidades de lo que se esperaba.



La vida de las compañías acabó con el fin político de su introductor, Pombal. En 1776 se decretó su liquidación y la libertad de comercio con la metrópoli de Maranhão y Pará. Y en los años siguientes, hasta el estallido de la gran conflagración europea consecuencia de la Revolución Francesa, el volumen de comercio externo no hizo sino aumentar: el hundimiento total del la producción de azúcar en uno de los territorios más productivos, la parte francesa de Santo Domingo, benefició extraordinariamente a Brasil, al eliminar a un competidor de primera categoría.

La segunda mitad del siglo XVIII asistió a una diversificación de la producción agraria, siempre con el predominio del azúcar como producto para la exportación. Mientras el noreste incrementaba su producción azucarera, ésta aumentaba también en el territorio de Río y a la caña se unían también los antes citados café, algodón y cacao, el tabaco y el índigo, al tiempo que el norte comenzaba a producir arroz y en las regiones más meridionales aparecían producciones que serían características del siglo siguiente: carne salada y cueros, a los que se añadía la cochinilla. Una buena parte de estas producciones desembocó en el mercado externo, pero el crecimiento de la población posibilitó también la aparición de un mercado interno en el que tales productos circularon.

Fue este también un tiempo de expansión interna, de ensanchamiento de las fronteras y de colonización interior. Ahora, el gobierno metropolitano incentivó la ocupación de territorios, especialmente de las tierras de frontera, con emigrantes portugueses, especialmente procedentes de los archipiélagos atlánticos, Azores y Madeira, cuyos habitantes fueron poblando los extremos norte y sur: Pará, Santa Catarina y Río Grande.

Al incremento de la población europea se unió también el fuerte aumento de la introducción de esclavos, sobre los que se montó el desarrollo productivo a que hemos aludido. En la década de 1780 llegó a Brasil una media de veinte mil africanos por año, una cifra verdaderamente enorme por comparación con tiempos anteriores y que siguió aumentando en las décadas posteriores. Para fin de siglo, los esclavos eran cerca de un 50% de la población total de la colonia. La configuración de la sociedad brasileña como una sociedad esclavista no hizo así sino profundizarse en los tiempos de auge y reformas de la segunda mitad del siglo XVIII.

La afluencia de europeos y africanos configuró a este tiempo como el de mayor expansión demográfica hasta el momento. Creció la población total, que pasó de aproximadamente millón y medio de habitantes en la década de los 60 a más de dos millones en los últimos años del siglo. Y crecieron también las ciudades, varias de las



cuales –São Paulo, Río de Janeiro, Salvador y Recife- superaban en el tránsito al nuevo siglo los veinte mil habitantes

El periodo que abarca desde mediados del siglo XVIII hasta la llegada de la corte a Río fue un tiempo de incremento acelerado y progresivo de la producción agraria y del comercio, un proceso que culminó en los años que comienzan con la última década de la centuria. El peso de Brasil en el conjunto de territorios de la corona se incrementó al mismo tiempo que las colonias orientales pasaban a convertirse en prácticamente irrelevantes. Brasil pasó a ser ahora imprescindible para el equilibrio exterior de la metrópoli, ya que contribuía con casi dos tercios de los productos que ésta exportaba, alterando con ellos a partir de 1791 el tradicional déficit –a veces muy notable- que Portugal mantenía en sus intercambios con Inglaterra. Pero la penetración cada vez mayor del comercio inglés hizo caer la aportación de manufacturas metropolitanas a Brasil, todo lo cual trajo una consecuencia verdaderamente insólita en una relación colonial al final del recorrido de unas reformas cuya finalidad era justamente la contraria: la balanza comercial de la metrópoli portuguesa con su colonia brasileña era ampliamente deficitaria para aquella.

Como en el periodo anterior, este proceso de desarrollo económico y de incremento demográfico no se produjo sin tensiones. A los sempiternos conflictos producidos por la permanencia del sistema esclavista: rebeliones, quilombos, etc., se unirán otros de carácter exterior y de carácter interno. Los exteriores en este periodo derivaron fundamentalmente de las tensiones con España, producidas sobre todo por diferencias en la definición de las fronteras. Desde el momento del fin de la Unión Ibérica las tensiones con el reino vecino eran constantes, a causa de la casi sistemática posición en campos diferentes de una y otra corona en los conflictos armados europeos –Portugal, firme en su tradicional alianza británica; España, coaligada con Francia en virtud de los Pactos de Familia después de la entronización de la dinastía borbónica- que tenían su reflejo en las zonas de frontera. Pero además, estas zonas, ya lo vimos, eran el escenario de la actuación de grupos de bandeirantes que con frecuencia traspasaban las fronteras para devastar pueblos de misiones ubicados en zonas bajo la soberanía española. Sin olvidar la idea, siempre presente en la corte de Portugal, de alcanzar las fronteras del Plata.

El Tratado de Madrid, firmado en 1750, pretendía fijar las fronteras entre ambos reinos en América. Suponía una renegociación de Tordesillas e incorporaba a Brasil un inmenso territorio al oeste de la línea marcada dos siglos y medio antes en la ciudad castellana. Los problemas surgieron a la hora de aplicar el acuerdo en el sur de la línea fronteriza, allí dónde las dos soberanías estaban más en contacto y no separadas por grandes zonas de selva poco penetrada por ellos. Las primeras complicaciones surgieron en relación con el previsto intercambio que debía realizarse de la Colonia do



Sacramento –una posesión portuguesa en la desembocadura del Plata que nunca los españoles habían reconocido y en torno a la que continuamente pelearon para su recuperación- por los denominados *Siete Pueblos de Misiones*, un asentamiento de guaraníes en misiones controladas por jesuitas españoles que debía pasar a Portugal. Cuando la notificación del cambio de soberanía llegó a los Siete Pueblos, los padres, a pesar de las reiteradas amenazas de excomunión por parte del obispo de Buenos Aires, se opusieron a aceptar la autoridad de sus seculares enemigos portugueses, temerosos de que los bandeirantes paulistas acabarían por esclavizarlos, ahora sin el freno de la frontera y a pesar de que la legislación portuguesa prohibía taxativamente la esclavitud de los indios desde 1755. Ante la llegada de un ejército aliado hispano-portugués en 1756 dispuesto a hacer cumplir el tratado, treinta mil guaraníes, al mando de los jesuitas se levantaron en armas para defender el territorio. Pero el ejército conjunto acabó venciendo a los indígenas en la batalla del Cerro de Caibaté. Murieron más de 1.500 guaraníes y varios jesuitas que los acompañaban y el resto de los indios se dispersó dando paso a la entrega a Portugal.

La carrera por la ocupación de territorios en esos mismos años entre españoles y portugueses se produjo también en territorios más al norte: en el alto Amazonas y en el Mato Grosso, dónde tanto unos como otros compitieron por construir puestos y fuertes avanzados con fines de defensa y reivindicación del territorio: los puestos de São Francisco Xavier de Tabatinga, São Gabriel, Coimbra o Iguatemi constituyeron asentamientos portugueses muy al interior de los territorios amazónicos, matogrossenses o del Paraná medio a los que los españoles contestaron fundando poblamientos en las áreas amazónicas del Ecuador actual o de la ceja de la selva peruana. Pero las fricciones surgieron sobre todo en el sur, en los actuales territorios de Río Grande do Sul y Santa Catarina. Ambos, que fueron considerados uno solo –los *Campos Gerais*-, habían comenzado a poblararse con colonos portugueses en cantidades significativas desde principios del siglo XVIII; a Santa Catarina por ejemplo, llegaron numerosos azoreanos a lo largo de todo el siglo. Aprovechando las condiciones del territorio –templado y semejante a las praderas ganaderas del Plata hispano- se instaló allí una importante actividad de cría de ganado y, sobre él, se desarrolló también una industria de elaboración de cueros que se exportaban a toda la colonia e incluso a Europa y de *charque* –carne seca-, alimento esencial de los esclavos que hasta entonces se producía en Ceará y que ahora aprovechará las excepcionales condiciones del territorio para desbancar a la producción del norte y llenar el mercado de todo Brasil. En la segunda mitad del XVIII, Río Grande y Santa Catarina se habían convertido en un territorio importante para la economía de la colonia y más integrado en ella incluso que los del extremo norte. Pero España no reconocía la soberanía portuguesa sobre ellos. Y cuando los dos países ibéricos se encontraron en campos opuestos en la Guerra de los Siete Años, en 1763, una expedición naval llegada desde España al mando de Pedro de Cevallos conquistó la isla de Santa Catarina, Río Grande y la Colonia do Sacramento.



Pero, como tantas veces ocurriría a lo largo del siglo en relación con España, lo que las armas lograban, la poco inteligente actuación de la diplomacia acababa perdiéndolo. La hostilidad, que se mantuvo con altibajos hasta la firma del tratado de San Ildefonso en 1777, terminó con la expulsión española de Río Grande -y Santa Catarina, parte del territorio riograndense, que acabaría convirtiéndose en la base del contrabando inglés en el Río de la Plata- y la ratificación de la frontera occidental, en la que, recordemoslo, Portugal había experimentado inmensos avances; a cambio, se produjo el paso definitivo de la Colonia del Sacramento a la soberanía española.

Las tensiones interiores reflejaron el progreso de la complejidad de la sociedad colonial brasileña y los conflictos entre sectores populares y élites, entre éstas y las autoridades coloniales, entre señores y esclavos, entre comerciantes establecidos y recién llegados o entre señores y esclavos. Las tensiones explotaron en forma de dos conspiraciones que estallaron en los dos polos económicos más importantes de la colonia: Minas y Bahía. La novedad de estos movimientos respecto a los que habían estallado antes – recordemos, la Revuelta de Beckman, la de Felipe dos Santos, etc.- es que éstas expresaban descontento con manifestaciones del sistema colonial: rigor de los impuestos, problemas de abastecimiento, etc., mientras que las nuevas cuestionaban ya al propio sistema.

La descubierta en Minas en 1789, denominada Inconfidência –deslealtad, traición-Mineira surge en el corazón de la región productora de oro, cuando las minas daban ya claros síntomas de agotamiento. El claro descenso productivo implicó una paralela disminución de la recaudación impositiva de la Corona, que se alarmó por el drástico recorte de sus ingresos. Para hacer frente a lo que ésta creía que era una consecuencia de la evasión fiscal, más que de una disminución productiva, envió como gobernador de la región a un hombre de su confianza, el vizconde de Barbacena, con orden de cobrar los muy elevados impuestos atrasados a base de imponer una *derrama*, es decir un reparto general –de 1.500 kilos de oro anuales- que recaía sobre toda la población de los centros mineros: dueños de *lavras*, buscadores de pepitas de oro –*faiscadores*- y galimpeiros. Todos ellos estaban obligados a contribuir para contribuir a la recaudación que el Rey exigía.

En este contexto de descontento en la región, un grupo de gentes acomodadas –a diferencia de las regiones del nordeste, el desarrollo económico condujo a una mayor diversificación y a la aparición de nuevas capas sociales medias que escapaban a la rígida estructura polar señores-esclavos-, entre las que se encontraban algunos mineros ricos, formados en las ideas ilustradas –varios tenían un alto nivel cultural e incluso tres de ellos eran notables poetas- e influidos por la revolución de los Estados Unidos – muchos hijos de mineros habían estudiado en Coimbra, dónde habían entrado en



contacto con ideas liberales y republicanas-, mantuvieron varias reuniones, en las que, además de expresar su oposición a la extorsión fiscal, manifestaron ideas anticoloniales y partidarias de la independencia de Minas –de Minas, no del Brasil- respecto del conjunto del imperio portugués y de la instauración de un régimen republicano. Era un proyecto muy poco maduro y sin el menor tinte de reforma económica o social, hasta el punto de que en su proyecto se mantenía plenamente la esclavitud. De hecho, como demostró uno de sus estudiosos, Kenneth Maxwell, la mayor parte de ellos eran miembros de la oligarquía local, hombres que se habían beneficiado mucho del oro y del orden colonial, al que solo comenzaron a oponerse cuando dejaron de ser favorecidos por él

Descubiertos los planes por las autoridades, los conjurados fueron detenidos en 1789, conducidos a Río y sometidos a un proceso que se prolongó hasta 1792. Varios fueron condenados a prisión perpetua, otros a destierro en África –a Angola y Mozambique- y el considerado líder –estaba encargado de obtener apoyo popular a la revuelta que planeaban-, Joaquim José da Silva Xavier, más conocido como *Tiradentes* por su oficio de dentista, fue sometido al castigo más ejemplarizante: ahorcado en la capital de la colonia, su cuerpo fue descuartizado y dividido en cuatro pedazos que salieron para ser expuestas en diversas partes de Minas y Río. La cabeza permaneció mucho tiempo expuesta frente a la sede del gobierno de la ciudad centro de la conspiración, Vila Rica de Ouro Preto, mientras que su casa en esta villa fue destruida y su suelo cubierto de sal, para “preservar a memoria infame do abominável reu”. Eso sí, la derrama fue suspendida.

Con el tiempo, la Inconfidencia Mineira fue mitificada y presentada como un antecedente directo de la Independencia de Brasil, mientras que Tiradentes, -un simple chivo expiatorio con una participación menor en el movimiento- ascendió al altar de los héroes nacionales como el precursor por autonomía de la idea independentista, sobre todo después de la proclamación de la República. Sin embargo, nada más lejos de la realidad. La Inconfidencia fue un movimiento ideológicamente poco estructurado, mal organizado y, sobre todo, como ha demostrado uno de los grandes historiadores del periodo, Carlos Guilherme Mota, centrado exclusivamente en Minas y carente absolutamente de una idea unitaria de Brasil. Solo el temor ante las noticias llegadas de Francia explican la desmesurada importancia que la Corona atribuyó a esta simple conjura.

Por aquellos mismos años, un grupo de ilustrados se reunían en Río para discutir las ideas que llegaban de Europa, pero, asustados por las consecuencias de la revolución de los esclavos en Haití –que tuvo una amplia repercusión en Brasil- dieron pronto marcha atrás. También en Bahía, grupos de ilustrados se reunían para discutir en logias –como la de los Cavaleiros da Luz- que, descubiertas, fueron pronto disueltas por la autoridad



sin mayores consecuencias. Todos ellos eran movimientos de élites. Muy diferente significación tuvo la sublevación que estalló en la capital de Bahía en 1798, dado que adquiría tintes mucho más pronunciados de subversión social. Un grupo de líderes de las clases más bajas, entre los que había zapateros, esclavos o sastres –lo que hizo que este movimiento fuera conocido como *Revolução dos Alfaiates*, Revolución de los Sastres– distribuyeron proclamas convocando a la población para adherirse a la revolución, un movimiento de carácter republicano y que predicaba la libertad, la igualdad y la supresión de trabas al comercio y, sobre todo, a diferencia de los movimientos de élite, proclamaban la supresión de la esclavitud, lo que la hacía tan peligrosa para ésta, además de que en sus proclamas incluían invectivas contra “la opulencia”.

Al igual que en el caso de la Inconfidencia Mineira, también aquí el movimiento fue traicionado por uno de sus participantes y denunciado. Los participantes que no lograron escapar fueron condenados, los de más elevada extracción fueron absueltos, mientras los de menor status recibieron la condena de destierro y cuatro de ellos ahorcados para dar ejemplo.

Las diferencias entre el movimiento mineiro y el bahiano han sido bien destacadas por Carlos Guilherme Mota. El primero, protagonizado por oligarcas, recibió clara influencia de la revolución de los Estados Unidos, el centro de su interés era la situación colonial y la solución para ellos, la independencia –de Minas, desde luego–; el segundo, orientado por gentes de clases bajas, pequeños artesanos, lavradores de cana, militares de los escalones más bajos, incluso esclavos, se orienta más contra los oligarcas, su objetivo es más social que político y su modelo estaba en Francia; la independencia no era para ellos un objetivo prioritario.

En realidad, ni uno ni otro movimiento –ni otras varias revueltas de esclavos que siguieron produciéndose en el nordeste y en Río, en algunos casos estimuladas por la sublevación de Haití– amenazaron seriamente el orden colonial, cuyos cimientos acabaron por temblar solo al final de unos acontecimientos que comenzaron en 1807.

Brasil, de colonia a sede de la corte lusitana e Imperio independiente, 1807-1822

En noviembre de 1807, el juego diplomático de presiones bonapartistas sobre el gobierno de Juan VI para obligarlo a unirse al bloqueo continental y romper con Inglaterra y de ésta para mantener su antigua alianza con la monarquía lusitana llegó a su fin: el general Junot, al frente de un ejército francés, cruzaba la frontera hispanoportuguesa e invadía el pequeño reino peninsular. El 27 de noviembre, ante la proximidad de la fuerza de ocupación, que estaba ya a la vista de Lisboa, el entonces príncipe regente –vivía aun, con sus facultades mentales absolutamente perturbadas, su



madre la reina María- decidió aceptar el consejo de su viejo aliado británico y la oferta de una flota para embarcarse junto con todo su aparato de Estado -desde funcionarios y cortesanos, cerca de doce mil, hasta papeles y archivos de la administración- en dirección a Brasil. La colonia americana llegaba así al cenit de su importancia en el seno de la monarquía Braganza, pasaba a ser la sede de ésta.

Los cambios para la nueva colonia llegaron muy pronto. Antes incluso de instalarse en Río, en una primera escala en Salvador de Bahía, D. Juan firmó un decreto -enero de 1808- por el que, ante las circunstancias de ocupación del territorio metropolitano, declaraba los puertos de Brasil abiertos a todas las naciones amigas -en términos prácticos, sola y exclusivamente Inglaterra- y ponía fin así a muchas décadas de monopolio colonial. La medida, que ponía la economía brasileña en manos de la gran potencia atlántica, fue reforzada en 1810 por medio del tratado por el que se reconocía a Inglaterra como “nación más favorecida”. Las tarifas aduaneras para los productos ingleses descendían sustancialmente y llegaban a ser menores que las de los propios productos portugueses y los comerciantes ingleses en Brasil obtenía una situación de privilegio que incluía por ejemplo el derecho a su extraterritorialidad y a ser juzgados por tribunales especiales.

La llegada de la Corte a Brasil supuso la puesta en marcha de una compleja administración fundamentada sobre tres ministerios y un importante número de Juntas y Tribunales en la que era necesario dar cobijo al alto número de cortesanos que habían acompañado al monarca. Significó también una importante transformación de la ciudad de Río de Janeiro, que en el tiempo de la estancia de la corte vio cómo se construían barrios nuevos y sumptuosos -Glória, Flamengo o Botafogo-, se abrían o se ampliaban calles y jardines, se fundaron el Museo Nacional, el Observatorio Astronómico, la Biblioteca Real, el Teatro y el Jardín Botánico, se instalaron instituciones de enseñanza superior o la Imprenta Regia que comenzó la publicación de la Gazeta do Río de Janeiro. De esta forma la ciudad sucia y provinciana de 1808 pasaba a convertirse en una residencia digna de ser la capital de un imperio.

Todo ello significó costes importantes para hacer frente a los cuales se fundó el 12 de octubre de 1808 el Banco de Brasil, uno de los primeros del mundo, nacido fundamentalmente con el objetivo de sufragar los gastos de la corte en Brasil. Pero el problema era que los ingresos fundamentales procedían de la Aduana. Pero la continua rebaja de los aranceles a los productos ingleses, prácticamente los únicos que pasaban por las aduanas redujo sustancialmente los ingresos y el flamante banco se vio abocado, a falta de dinero, a fabricarlo. Ello llevó a Brasil a sumergirse progresivamente en el pozo sin fondo de la inflación.



Los primeros años de presencia de la Corte en Brasil, los de las guerras napoleónicas fueron para Brasil de expansión económica. La apertura de los puertos y el derrumbe de los competidores benefició notablemente a los productores lusobrasileños. La desorganización de la producción y de las rutas de exportación en las colonias españolas y francesas produjo un desabastecimiento y una subida de precios en los mercados europeos que favoreció a los productores y exportadores brasileños de azúcar, algodón, arroz, tabaco, cueros etc.

En 1815, Juan VI tomó una medida de gran importancia en relación con el estatus del territorio de Brasil en el interior del imperio. Se crea ese año el “Reino Unido de Portugal, Brasil y los Algarves”, una providencia que ponía fin a la condición de colonia del territorio y lo elevaba a la igualdad con la metrópoli.

La relativa prosperidad económica y, sobre todo, la debilidad de sus vecinos permitieron al monarca portugués sostener una cierta política expansionista por el norte y sur de sus fronteras, a costa de territorios hasta entonces franceses y españoles. En 1808, tropas portuguesas y británicas invadieron el territorio de Cayena, que sólo fue devuelto a Francia tras el fin de las guerras napoleónicas. Y en 1817, aprovechándose de la presencia en el gobierno de la Provincia Oriental de un caudillo, Artigas, enfrentado con Buenos Aires, el ejército lusitano invadió el territorio del actual Uruguay y lo anexionó al IBrasil, de facto primero y, tras la reunión de un Congreso de representantes, como una provincia confederada, primero del Reino Unido y, tras la Independencia, del Imperio del Brasil.

Pero la monarquía Branganza tuvo que enfrentarse también a algunos problemas internos serios. El más grave fue el levantamiento en Pernambuco, la “Revolução Pernambucana” de 1817. La llegada de la paz a Europa había producido una reactivación del comercio, la aparición de nuevos competidores a los productos tradicionales de exportación del nordeste, con la consiguiente caída de precios en los mercados internacionales. Además, existía un creciente resentimiento contra una corte de Río, de la que pensaban que exigía elevados impuestos pero que beneficiaba solo a la ciudad sede de la monarquía en detrimento de un nordeste al que consideraban preterido. Todo ello unido a antiguos conflictos y tensiones de naturaleza económica y social desembocó en un conflicto abierto. El movimiento, de carácter republicano y liderado por miembros de sociedades secretas en las que dominaban las ideas de la Revolución francesa, planteaba la independencia del territorio del gobierno de Río y contó con un fuerte apoyo entre la población local. En su programa figuraba la instauración de un gobierno republicano dotado de una Constitución que garantizaba las libertades de pensamiento, prensa y religión.



Los revolucionarios consiguieron apoyo en los territorios vecinos de Río Grande do Norte, Paraíba y Ceará, muy ligados por intereses económicos a Pernambuco. Expulsaron al gobernador e implantaron un gobierno provisional que se mantuvo durante varios meses. El gobierno de Su Majestad envió un ejército que asedió a Recife por mar y tierra. Tras la toma de la ciudad, la represión fue extremadamente violenta, en consonancia con el susto que había producido en el entorno de la corte carioca: los principales líderes de la insurrección sufrieron la pena de muerte. La sombra del movimiento pernambucano planeó durante años sobre las élites brasileñas y fue uno de los factores que contribuyó a dar a la independencia brasileña el tono conservador que la caracteriza.

En los años de permanencia de la corte en Río, una buena parte de los cortesanos que acompañaron a d. Joao crearon una red de intereses económicos -muchos compraron tierras o participaron como socios en el comercio- y familiares -estableciendo matrimonios con hijas de ricos propietarios locales. Todos ellos se convirtieron en un fuerte grupo partidario de conservar el gobierno en Brasil y desde luego, de hacer frente a cualquier vuelta atrás en el estatus de igualdad con la metrópoli a la que Brasil había accedido. Ellos, junto con unas oligarquías locales que se habían enriquecido con el fin del monopolio y habían adquirido una importante dosis de orgullo local con la presencia de la corte y con la creación de las instituciones que daban lustre a la capital, se convirtieron en un importante grupo de brasileñistas partidarios del mantenimiento de la condición de reino de Brasil. Sólo cuando la situación amenazara peligrosamente a esa condición, se convertirían en independentistas.

Y ello sucedió en 1822, al final de un proceso que había comenzado sólo en 1820. En agosto de ese año una revolución de carácter liberal estallaba en la ciudad metropolitana de Porto. Culminaba en ella un largo periodo de descontento metropolitano iniciado con el propio abandono de la corte y que se había alimentado con el empobrecimiento provocado por la guerra, el hundimiento del comercio ultramarino tras la apertura de puertos y las ventajas a los comerciantes británicos y la gestión de la Regencia, presidida por un militar británico. Todos estos males se atribuían a la ausencia de un monarca y un gobierno de los que se pensaba que hacía mucho que debían haber regresado y de los que se temía que no iban a retornar. Los portugueses metropolitanos sentían que se había producido lo que Mota y Novais denominan en una obra suya sobre la independencia brasileña, la “inversión colonial”. Por ello, una de las primeras medidas de la revolución fue obligar al monarca a volver a la que consideraban su sede natural, la antigua metrópoli.

Los acontecimientos en la metrópoli tuvieron un fuerte eco en ultramar, dónde estallaron movimientos a favor de la constitución portuguesa que depusieron a gobernadores y crearon juntas provisionales de gobierno. Obligado por los



acontecimientos, Don Juan regresó a Portugal en 1821 dejando a su hijo D. Pedro como regente de uno de los dos reinos que aun componían el Reino Unido, Brasil, acompañado de un consejo que componía un verdadero gobierno.

Las discusiones en las Cortes de Lisboa -en las que participaban diputados por Brasil¹⁰- comenzaron a abordar la cuestión de la permanencia de Brasil como reino con amplia autonomía o la supresión de ésta y su vuelta a un estatus semejante al anterior a 1808. Las noticias que llegaban de aquellas, percibidas en Brasil como un intento de recolonización¹¹ suscitaron vivos debates y la formación de dos partidos o corrientes de opinión: el “partido portugués”, formado por comerciantes ligados a los antiguos monopolios, que deseaban volver al antiguo sistema monopolista en el seno del conjunto luso y el “partido brasileño”, formado sobre todo por los exportadores ligados al comercio directo al margen del monopolio, al que se unían todos aquellos que se habían beneficiado de la situación creada a partir de 1808 -funcionarios, financieros, comerciantes extranjeros-, partidarios en principio del mantenimiento de la corte en Río y después, de la permanencia de la autonomía de la mano Príncipe Regente. Junto a ellos, crecía una opinión liberal-radical de tinte republicano entre las clases medias urbanas y grupos de propietarios rurales del noreste que amenazaban con reeditar en escala mayor la revolución pernambucana.

En este contexto, el avance en las Cortes lisboetas de los partidarios de la supresión de la autonomía llevó a un desenlace lógico: la orden de regreso inmediato a Lisboa al Príncipe Regente Don Pedro.

El temor de las élites, agrupadas en los dos partidos, a la agitación popular, que podía desembocar en acontecimientos como los vividos en Pernambuco o en Haití, las llevó a olvidarse de las diferencias en sus objetivos y a aliarse en torno al Príncipe, que decidió

¹⁰ Pero Brasil estaba claramente subrepresentado en relación con el conjunto: de 181 escaños, solo 72 serían ocupados por diputados ultramarinos.

¹¹ Los proyectos de las Cortes preveían la pura y simple disolución del reino de Brasil. En vez de existir el gobierno central a cargo del Regente, Brasil sería dividido en provincias autónomas, cuyos gobernadores nombrados por las propias Cortes, al tiempo que se eliminaban los tribunales de justicia y las agencias y órganos de gobierno creados desde 1808. En realidad no era exacto el que Brasil volviera a la situación anterior a 1808; esta fue una idea hija de la propaganda de los brasileñistas en 1822. Lo que la parte mayoritaria de los diputados planteaba era una idea maximalista de soberanía indivisible -que también dominó en las Cortes de Cádiz- por la que todo el territorio sería gobernado por un solo legislativo -las Cortes de Lisboa- y un solo ejecutivo, igualmente radicado en la capital peninsular; en esta concepción la idea de autonomía para una parte de “la nación portuguesa” resultaba inadmisible. Pero teóricamente, independientemente de su radicación, al estar Brasil representado en las Cortes, el gobierno era tan de Brasil como de Portugal. El problema era entonces la subrepresentación de Brasil frente a Portugal. Y ahí no estaban dispuestos a ceder los diputados metropolitanos. En cualquier caso, es importante destacar que una parte de los diputados brasileños apoyaron las tesis de los metropolitanos.



desobedecer a las Cortes y quedarse en Brasil. Ruptura y alianza desembocaron el 7 de septiembre de 1822 en la proclamación de la Independencia de Brasil en forma de Imperio unido, con un gobierno formalmente liberal, pero conservando la vigencia de la esclavitud, el objetivo fundamental de las élites.

El rápido reconocimiento de la independencia por Inglaterra -que actuó como una especie de madrina y a obtuvo a cambio la consolidación de sus privilegios de nación más favorecida en la relación comercial, además del mantenimiento de los privilegios obtenidos en los tratados de 1810- en 1825 e inmediatamente por Portugal, empujado por su aliado británico y estimulado por una sustanciosa indemnización que aquella obligó a Brasil a pagarle y que pesó como una losa sobre los primeros años de la independencia, abrió el camino al nuevo país que, si bien permaneció unido, no tuvo un acceso a la consolidación del Estado tan pacífico como el tópico suele señalar, aunque sí lo fuera por comparación con el caso de la América española: una cruenta guerra con Argentina, la sublevación de la Provincia Cisplatina, el levantamiento republicano del nordeste encuadrado en la denominada “Confederación del Ecuador” y la propia abdicación del Emperador en 1831 demuestran que el Imperio brasileño estaba muy lejos de consolidarse en el momento de la independencia.

BIBLIOGRAFÍA ESENCIAL

- ALDEN, D., *Royal Government in Colonial Brazil*, Berkeley, Ca., 1968.
ALDEN, D., ed., *Colonial Roots of Modern Brazil*, Los Angeles, Ca., 1973.



ALENCASTRO, L.F., de, *O trato dos viventes. Formação do Brasil no Atlântico sul*, São Paulo, 2001.

ALMEIDA, P., *Diccionario de autores no Brasil colonial*, Lisboa, 2003.

ARRUDA, J.J. de A., *O Brasil no comércio colonial*, São Paulo, 1980

BERBEL, Márcia, *A nação como artefato. Deputados do Brasil nas Cortes portuguesas-1821-1822*, São Paulo, 1999.

BETHELL, Leslie, ed. *História de América Latina*, Barcelona, 1990-2002.

BETHENCOURT, F., CHAUDHURI, K, eds., *História da expansão portuguesa*, Lisboa, 1998.

BOXER, C.R., *Os holandeses no Brasil, 1624-1654*, São Paulo, 1964).

BOXER, C.R., *The Golden Age of Brazil, 1695-1750, Growing of a Colonial Society*, Berkeley, Ca., 1969.

BOXER, C.R., *O Império colonial português*, Lisboa, 1992.

BUENO, Eduardo, *Brasil: uma História. A increivel saga de um país*, São Paulo, 2002.

CABRAL DE MELO, E., *A fronda dos mazombos: nobres contra mascates*. Pernambuco, 1666-1715, São Paulo, 1995

CABRAL DE MELO, E., *O negocio do Brasil: Portugal, os Países Baixos e o nordeste*, Rio de Janeiro, 1998.

CABRAL DE MELO, E., *Olinda Restaurada: guerra e açucar no Nordeste, 1630-1654*, Rio de Janeiro, 1998.

CABRAL DE MELO, E., *Un imenso Portugal. Historia e historiografía*, São Paulo, 2001.

CARDIM, P., *O governo e a administração do Brasil sob os Habsburgo e os primeiros Bragança*, Paris, 2002.

CARDOSO, C.F. *Escravidão e abolição no Brasil: novas perspectivas*, Rio de Janeiro, 1988.

COUTO, J., *O Império luso-brasileiro, 1500-1620*, Lisboa, 1992.

CUNHA, M.C. da, ed. *História dos indios no Brasil*, São Paulo, 1992.

DOMINGUES, A., *Quando os indios eram vassalos. Colonização e relações de poder no norte do Brasil na segunda metade do século XVIII*, Lisboa, 2000

DUTRA, F. *A Guide to the History of Brazil, 1500-1822*, Santa Bárbara, 1980.

FAUSTO, B., *História do Brasil*, São Paulo, 1994.

FAUSTO, B., *Brasil, de colônia a democracia*, Madrid, 1995.

FERLINI, V.A., *A civilização do açucar, séculos XVI a XVIII*, São Paulo, 1984.

FERNANDES, F., *Organização social dos tupinamba*, São Paulo, 1963

FERREIRA FURTADO, J., *Diálogos atlânticos. Minas Gerais e as novas abordagens para uma história do Império ultramarino português*, Belo Horizonte, 2001.

FLORENTINO, M., *Em costas negras: uma história do tráfico de escravos entre a África e o Rio de Janeiro*, São Paulo, 1997.

FRAGOSO, J., *A economia colonial brasileira (séculos XVI-XVIII)*, São Paulo, 2000.



- FRAGOSO, J., BICALHO, M.F., GOUVEIA, M. de F., *O antigo regime nos trópicos. A dinâmica imperial portuguesa (séculos XVI-XVIII)*, Rio de Janeiro, 2001.
- FREIRE COSTA, L., *Império e grupos mercantis. Entre o Oriente e o Atlântico (século XVII)*, Lisboa, 2002.
- FREYRE, G., *Casa grande & senzala*, Rio de Janeiro, 2001.
- GORENDER, J. *O escravismo colonial*, São Paulo, 1978.
- HOLANDA, S.B. de, FAUSTO, B., *História geral da civilização brasileira*, São Paulo, 1977-1986.
- HOORNAERT, E., ed. *História da Igreja no Brasil*, Petrópolis, 1983.
- JANCSÓ, Istvan, *Cronologia de história do Brasil colonial*, São Paulo, 1994.
- JANCSÓ, Istvan, *Brasil: Formação do Estado e da Nação*, São Paulo, 2003
- JOSON DE ARRUDA, J., *O Brasil no comércio colonial*, São Paulo, 1980.
- LEITE, S., *História da Companhia de Jesus no Brasil*, Lisboa-Rio de Janeiro, 1850
- LEITE, S., ed., *Monumentae Brasiliae*, Roma, 1956.
- LINHARES, M.Y., ed., *História Geral do Brasil*, Rio de Janeiro, 2000.
- MAURO, F., *Le Portugal et l'Atlantique au XVII siècle, 1570-1670. Étude économique*, París, 1983.
- MAURO, F., *O Império luso-brasileiro, 1620-1750*, Lisboa, 1991.
- MELLO E SOUZA, L., *Cotidiano e vida privada na América portuguesa*, , São Paulo, 1993.
- MOARA, C. *Rebeliões de senzala, quilombos, insurreições, guerrilhas*, São Paulo, 1983.
- MOTA, Carlos Guilherme, NOVAIS, Fernando A, *A independência política do Brasil*, Sao Paulo, 1986.
- MOTA, Carlos Guilherme, LOPEZ, Adriana, *História e Civilização*, São Paulo, 1995.
- NOVAIS, F., *Portugal e Brasil na crise do antigo sistema colonial*, São Paulo, 1981.
- NOVAIS, F., ed., *História da vida privada do Brasil*, São Paulo, 1997.
- PIMENTEL, M. del R., *Portugal e Brasil no advento do mundo moderno*, Lisboa, 2001.
- PRADO JUNIOR, C., *Formação do Brasil contemporâneo*, São Paulo, 1961.
- REIS, J.J., *Negociação e conflito. A resistência negra no Brasil escravista*, São Paulo, 1981.
- ROBERT MORAES, R.C., *Bases da formação territorial do Brasil. O território colonial brasileiro no «longo» século XVI*, São Paulo, 2000.
- ROSELLI SANTAELLA, S., *O domínio espanhol no Brasil durante a monarquia dos Filipes*, São Paulo, 2000.
- SCHULTZ, K., *Tropical Versailles. Empire, Monarchy and the Portuguese Royal Court in Rio de Janeiro, 1808-1821*, New York, N.Y., 2001.
- SCHWARTZ, S., *Sugar Plantations in the Formation of Brazilian Society, Bahía, 1550-1835*, Cambridge, 1985.



- SCHWARTZ, S., *Segredos internos: engenhos e escravos na sociedade colonial*, São Paulo, 1985.
- SCHWARTZ, S., *Da América Portuguesa au Brasil. Estudos históricos*, Lisboa, 2003.
- SILVA, M.B.N., *História da colonização portuguesa do Brasil*, Lisboa, 1999.
- SZMERECSÁNYI, T. ed. *História económica do período colonial*, São Paulo, 1996.
- TAUNAY, E., *História geral das bandeiras paulistas*, São Paulo, 1950.
- VAINFÁS, R., *Diccionario do Brasil colonial*, Río de Janeiro, 2001.
- VALLADARES, R., “El Brasil y las Indias españolas durante la sublevación de Portugal, 1640-1668”, en *Cuadernos de Historia Moderna*, nº 14, (1993).
- VVAA, *Portugal-Brasil. Memorias e imaginário*, Lisboa, 2000.
- WEHLING, A., *A Administração portuguesa no Brasil de Pombal a D. João, 1777-1808*, Brasilia, 1986.
- WEHLING, A., WEHLING, M.J. de, *Formação do Brasil colonial*, Río de Janeiro, 1994.